



UNIVERSIDAD
"DON VASCO, A.C."

UNIVERSIDAD DON VASCO, A.C.

Incorporación No. 8727-25 a la

Universidad Nacional Autónoma de México.

Escuela de Psicología

ACTITUDES ANTE LA MUERTE EN ADULTOS MAYORES DE LA CIUDAD DE URUAPAN, MICHOACÁN

Tesis

para obtener el título de

Licenciada en Psicología

Tania Rocío Román Aguilar.

Asesor: Lic. José de Jesús González Pérez

Uruapan, Michoacán. A 10 de agosto de 2013.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

Introducción.

Antecedentes.	1
Planteamiento del problema.	5
Objetivos.	7
Preguntas de investigación.	8
Justificación.	8
Marco de referencia.	10

Capítulo 1. Las actitudes.

1.1 Antecedentes del concepto de actitud.	14
1.2 Definición del término actitudes.	16
1.3 Componentes de las actitudes.	17
1.3.1 Componente cognitivo.	18
1.3.2 Componente afectivo.	19
1.3.3 Componente conativo.	20
1.4 Relación entre actitud y conducta.	21
1.5 Función de las actitudes.	23
1.6 Formación de las actitudes.	24
1.6.1 Formación de actitudes con base en el componente cognoscitivo.	27
1.6.2 Formación de actitudes con base en el componente afectivo.	28
1.6.3 Formación de actitudes con base en el componente conductual.	29

1.7 Cambio de actitudes.	30
1.7.1 Cambio de actitudes por medio del componente cognitivo.	31
1.7.2 Cambio de actitudes por medio del componente afectivo.	31
1.7.3 Cambio de actitudes por medio del componente conductual.	32
1.8 Fuerza y estructura de las actitudes.	33
1.8.1 Indicadores objetivos.	34
1.8.2 Indicadores subjetivos.	36
1.9 Medición de las actitudes.	37
1.9.1 Procedimientos directos de la medición de las actitudes.	39
1.9.2 Procedimientos indirectos de la medición de las actitudes.	41

Capítulo 2. La muerte.

2.1 Perspectivas sociohistóricas sobre la muerte.	43
2.1.1 La imagen de la que cubre y oculta.	46
2.1.2 La personificación de la muerte en forma de perro o lobo.	48
2.1.3 Personificación de la muerte en figura de víbora o pájaro.	49
2.1.4 Concepción de la muerte como caballo y su transformación en la figura humana.	50
2.2 Perspectiva filosófica de la muerte.	51
2.3 La muerte desde la perspectiva médica.	53
2.4 Ideas actuales sobre la muerte.	55
2.5 Actitudes ante la muerte.	57
2.5.1 Diferencias en las actitudes ante la muerte del otro.	59
2.5.2 Actitudes ante la muerte en el mexicano.	61

2.5.3 Actitud ante la muerte en el anciano.	62
---	----

Capítulo 3. Envejecimiento y senectud.

3.1 Definición de vejez.	66
3.2 Consideraciones teóricas sobre la vejez.	69
3.3 Aspectos y cambios fisiológicos del envejecimiento.	72
3.3.1 Envejecimiento cerebral.	74
3.3.2 Funcionamiento sensorial y psicomotor.	74
3.3.3 Funcionamiento sexual en la vejez.	78
3.4 Aspectos cognitivos de la vejez.	79
3.4.1 Inteligencia.	80
3.4.2 Atención, aprendizaje y memoria.	82
3.5 Desarrollo psicoafectivo en la vejez.	83
3.5.1 Personalidad.	84
3.5.2 Modelos de envejecimiento exitoso.	85
3.6 Desarrollo psicosocial en la vejez.	86
3.6.1 Jubilación.	87
3.6.2 El nido vacío.	89
3.6.3 Ser abuelos.	89
3.6.4 Viudez.	90
3.7 La vejez en la actualidad.	91

Capítulo 4. Metodología, análisis e interpretación de resultados.

4.1 Metodología.	93
--------------------------	----

4.1.1 Enfoque metodológico.	97
4.1.2 Tipo de estudio.	98
4.1.3 Diseño de investigación.	99
4.1.4 Alcance.	99
4.1.5 Técnicas de recolección de datos.	100
4.2 Descripción de la población y muestra.	103
4.3 Descripción del proceso de investigación.	104
4.4 Análisis e interpretación de resultados.	107
4.4.1 Miedo a la muerte.	107
4.4.2 Evitación de la muerte.	112
4.4.3 Aceptación neutral.	116
4.4.4 Aceptación de acercamiento.	120
4.4.5 Aceptación de escape.	123
4.4.6 Miedo a envejecer, al proceso de morir.	128
4.4.7 Comparación estadística entre las dimensiones del PAM-R.	131
Conclusiones.	134
Bibliografía.	138
Mesografía.	142
Anexos.	

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, la vida diaria transcurre dentro de un marco de novedad, donde los valores perseguidos por la sociedad se encuentran predeterminados por los medios de comunicación masiva y las nuevas tecnologías, envolviendo al ser humano en un permanente mercadeo de la vida, elevando a niveles de adoración todo aquello que represente lo nuevo, joven, actual y que traiga consigo la ilusión de felicidad, al mismo tiempo que se vuelve obsoleto e indeseable todo aquello que represente lo viejo o el ayer, de manera que es etiquetado como inútil e incapaz de dar sentido a la existencia.

Esta situación ha orillado al ser humano a ingresar en un ritmo de vida acelerado, donde la búsqueda constante se encuentra en la felicidad momentánea del aquí y ahora. Es por esto que el presente estudio busca retomar aquello que el hombre ha perdido de vista, la contemplación y reflexión de dos temas que invariablemente formarán por siempre parte de la vida humana: la vejez y la muerte.

Antecedentes.

En lo que respecta a los intereses del presente estudio, así como en cualquier investigación de carácter científico, resulta importante determinar los orígenes históricos de los términos con los cuales se definen las variables a comprender, para

lo cual, se toma como referencia lo expuesto por diversos autores de renombre dentro de la materia a profundizar, en este caso, de la investigación psicológica.

Es importante señalar que el estudio de las actitudes resulta de gran relevancia para la comprensión de la conducta humana, sobre todo en el área de la psicología social, es por esta razón que existe una cantidad diversa de obras con sus correspondientes definiciones para este término, sin embargo, se retomarán solo algunas de ellas.

Rodrigues (2004) define a la actitud como un esquema estable de pensamientos, creencias y aprendizajes que contienen una tendencia afectiva, ya sea a favor o en contra hacia un objeto de actitud, lo cual predispone a un comportamiento determinado y coherente con estos afectos.

En la definición de Krech, Crutchfield y Ballachey, afirman que “la actitud es un sistema de evaluaciones positivas y negativas, sentimientos y tendencias a favor o en contra de un objeto social” (referidos por Rodrigues; 2004: 41).

Por otra parte, Munné (1986) hace referencia a tres componentes de la actitud, determinándolos como afectivo, cognoscitivo y tendencial, e integrándolos en un conjunto que conduce hacia cierto comportamiento.

En cuanto al concepto de vejez, resulta más limitante encontrar una definición puesto que en su mayoría, los textos de psicología evolutiva comprenden desde la infancia hasta la adolescencia.

Sin embargo, Stanley Hall presentó una conceptualización sobre senectud explicando los aspectos psicológicos relacionados con esta etapa vital, así como su importancia social, considerándola no como un proceso de declinación, sino como “una etapa del desarrollo durante la cual las pasiones de la juventud y los esfuerzos de toda una vida se consolidan” (referido por Dallal y Castillo; 2003: 305).

Desde otra perspectiva, para Parres Sáenz (citado por Dallal y Castillo; 2003) la etapa de la vejez es aquella donde se tiene como panorama a futuro y de manera próxima, el final de la vida, lo cual trae como consecuencia un cúmulo de actitudes afectivas ante la serie de cambios que el individuo atraviesa.

Moraleda (1999), divide el periodo de vejez en tres fases diferentes, considerando los cambios físicos, psicológicos y sociales de la persona. Además de esto, aborda el pensamiento en el adulto mayor sobre la muerte, tema de primordial interés para esta investigación.

Siguiendo por la misma línea, en cuanto al tema de actitudes ante la muerte, se presentan a continuación algunos artículos, los cuales son citados aquí por abordar un lineamiento similar al de esta investigación.

En primer lugar se menciona un estudio realizado por Uribe y cols. (www.redalyc.uaemex.mx; 2007), titulado “Actitud y miedo ante la muerte en adultos mayores”, en el cual los autores evaluaron la actitud y miedo ante la muerte en una muestra de 170 adultos mayores (65 años en adelante) de la ciudad de Cali, Colombia, mediante el Perfil Revisado De Actitudes Hacia La Muerte (PAM-R) de Gesser, Wong y Reker (1988) el cual consta de 32 ítems, en los cuales se miden las dimensiones de miedo a la muerte, evitación a la muerte, aceptación neutral, aceptación de acercamiento y aceptación de escape. También se utilizó la escala Collet-Lester (1969) de Miedo a la Muerte y al Proceso de Morir.

Los resultados de dicha investigación mostraron que la población estudiada de adultos mayores (de la cual se presenta una descripción sociodemográfica) obtuvo un puntaje medio en todas las escalas, el mayor porcentaje se ubicó en la escala de aceptación de escape (87.6%) y aceptación de acercamiento (86.4%); en el puntaje alto, el mayor porcentaje se ubica en la escala de aceptación neutral, con un valor de (25.8%.); finalmente, dentro del puntaje bajo, el mayor porcentaje se presentó en la escala de evitación de la muerte (24.1%). Los autores concluyen en la importancia para el campo psicológico de contribuir al mejoramiento en la intervención en los procesos de duelo en este sector de la población.

Otra investigación a retomar es la tesis realizada por Posada y Herazo (2009), titulada “Actitudes hacia la muerte en una muestra de adultos mayores entre 60 a 75 años en fase terminal en diferentes centros geriátricos de la ciudad de Medellín”, en Colombia. En esta indagación también fue utilizado el Perfil Revisado de Actitudes

Hacia la Muerte (PAM-R) con una población de 50 ancianos de ambos sexos entre 60 y 81 años de edad, todos ellos con alguna enfermedad terminal. Los resultados arrojados en este estudio ilustran una tendencia mayor hacia la dimensión de aceptación de acercamiento, con un puntaje de 46.86, seguida de la aceptación de escape con 26.48 puntos; a continuación, aceptación neutral, con 25.32; en cuarto lugar se encuentra la dimensión de miedo a la muerte, con un índice de 22.14 y finalmente, la evitación de la muerte con 19.18 puntos.

Finalmente, las autoras abordan la importancia de los profesionales al cuidado de los adultos mayores, como agentes vitales en el acercamiento del individuo al proceso de muerte, con la finalidad de lograr una actitud de aceptación y minimizar en lo posible, el miedo natural ante el fin de la vida.

Es importante mencionar que en la ciudad de Uruapan, Michoacán, no se han realizado investigaciones de carácter psicológico en cuanto a la percepción de la muerte, tampoco encaminadas a los adultos mayores como población de estudio.

Planteamiento del problema.

Respecto a la investigación en la rama de la psicología social, las actitudes son desde luego uno de los temas de vital importancia, desde las variables que afectan sobre ellas, así como el modo en que influyen las actitudes en el comportamiento humano.

Por otro lado, la muerte es un tema inherente a la existencia humana y por lo tanto, resulta importante para el trabajo del psicólogo tanto en el nivel de intervención como de prevención, conocer cómo las actitudes hacia la muerte pueden influir sobre el estilo de vida de las personas, así como en sus estados afectivos.

Actualmente se encuentra un ambiente social donde se exige un estilo de vida cada vez más individualista, esto ha tenido repercusiones en una de las instituciones socializadoras más importantes para el ser humano: la familia. Esto no solo afecta a los niños y jóvenes, sino también a las personas de la tercera edad, una población que poco a poco ha sido dejada de lado en el movimiento social, quizá por considerársele poco productiva.

De esta manera, en la actualidad existen dentro de todas las ciencias humanistas investigaciones orientadas hacia los niños, jóvenes y adultos, pero muy pocas hacia los adultos mayores. Existen también grandes vacíos de conocimiento acerca de cómo estos últimos sujetos perciben y enfrentan la realidad actual, no solo en el ámbito social, sino personal; por ello, el tema de las actitudes ante la muerte entre las personas ancianas es importante.

Estos vacíos de conocimiento sobre el tema de las actitudes hacia la muerte pueden obstaculizar la eficacia de la intervención por parte de los profesionistas y las instituciones encargadas de la atención a este sector de la población.

Debido a esto, la presente investigación busca profundizar en el tema y encontrar: ¿Cuáles son las actitudes ante la muerte entre los adultos mayores de la ciudad de Uruapan, Michoacán?

Objetivos.

Toda investigación requiere de lineamientos definidos para que los recursos materiales y humanos sean empleados de manera eficiente. Para el presente caso, se plantearon los objetivos siguientes.

Objetivo general.

Analizar las actitudes hacia la muerte presentadas entre los ancianos en la ciudad de Uruapan, Michoacán.

Objetivos particulares.

1. Conceptualizar el término actitudes
2. Diferenciar las distintas teorías sobre las actitudes.
3. Describir la concepción de la muerte desde la perspectiva psicológica.
4. Caracterizar la etapa de la senectud desde la perspectiva de la psicología del desarrollo.
5. Medir las actitudes ante la muerte entre los ancianos de Uruapan, Michoacán.

6. Describir la forma en que visualizan la muerte los ancianos de Uruapan, Michoacán.

Preguntas de investigación.

Durante el curso del presente estudio, se buscó responder a las interrogantes que enseguida se exponen.

- ¿Cómo refieren el miedo a la muerte los adultos mayores?
- ¿Cómo manifiestan los ancianos una evitación o negación ante la muerte?
- ¿En qué grado les parece la muerte algo natural?
- ¿De qué manera expresan los adultos mayores su aceptación ante la idea de la muerte?
- ¿En qué grado los adultos mayores aceptan a la muerte como una vía de escape a un miedo mayor?

Justificación.

Dentro del contexto de la ciudad de Uruapan, Michoacán, existen varias instituciones encargadas del cuidado y apoyo a los adultos mayores, la mayoría de estas son de naturaleza gubernamental, cuya capacidad de servicio no corresponde a la demanda.

Esta situación provoca que los servicios ofrecidos a este sector de la población, sean ineficientes, y que los adultos mayores no solo sean atendidos de manera inadecuada a sus necesidades, sino que además sean canalizados a otras instituciones que no fueron establecidas para estos fines.

Por ello, la presente investigación beneficiará en primer lugar a los adultos mayores, ya que arrojará datos sobre un tema con el cual están en contacto constante: la muerte. Además, se profundizará en las concepciones actuales que tienen sobre este tema, buscando con ello, una atención y acompañamiento más eficaz y acorde a sus necesidades por parte de los profesionales de la salud, así como una intervención de estos con la sociedad que rodea al adulto mayor.

Las instituciones encargadas de los servicios a los adultos mayores se verán beneficiadas con esta indagación, pues podrá ser retomada para mejorar la calidad en la atención hacia estas personas, lo cual desembocará en un proceso de apoyo y acompañamiento que realmente cubra las necesidades de este sector de la población, sobre todo en lo referente a un tema cotidiano en su realidad.

En tercer lugar, beneficiará a los psicólogos, trabajadores sociales y todo aquel profesionista que esté en contacto con adultos mayores, ya que servirá de apoyo en las intervenciones que correspondan a su materia.

Además de esto, se tendrán datos de gran utilidad al área psicológica, tanto a nivel teórico como práctico, ya sea de manera preventiva o con fines de intervención.

Todo esto servirá para que la atención a los adultos mayores sea llevada a cabo de manera más adecuada a sus necesidades y a su realidad, procurando que el acompañamiento y la intervención que se les brindan, tengan una eficacia que les permita mejorar su calidad de vida.

Finalmente, esta investigación es propia del campo psicológico, ya que al ser una ciencia que estudia los efectos de la experiencia afectiva en el comportamiento, resulta necesario estudiar las actitudes hacia un tema inherente a la existencia humana, como lo es la muerte; sobre todo en cuanto a sus consecuencias en la vida emocional del adulto mayor.

Marco de referencia.

La ciudad de Uruapan, se ubica como la segunda más grande del estado de Michoacán, se trata de una urbe donde se vislumbran las ansias de modernidad pero que aún mantiene el apego a viejas tradiciones que se remontan incluso a las épocas prehispánica y colonial, hecho que se refleja en el lema del escudo municipal: Salvaguarda del espíritu, la tradición y la mexicanidad.

Uruapan era una población purépecha ya existente desde mucho tiempo antes de la llegada de los españoles, desde entonces estaba en el mismo sitio y con el mismo nombre, cuya traducción (de tantas) es “lugar donde habita el príncipe de las flores”.

La región se encuentra en la vertiente sur de la sierra de Uruapan, como prolongación de la sierra de Apatzingán, formando con ello parte del eje volcánico. Su altura sobre el nivel del mar corresponde a los 1640 metros y queda situada a los 19°24'56" de latitud norte y 102°03'46" de longitud oeste del Meridiano de Greenwich (Miranda; 2008).

Uruapan se fincó de manera oficial en esta zona al ser fundada por Fray Juan de San Miguel, entre los años de 1529 y 153, recibió por nombre San Francisco Uruapan y fue dividida en 9 barrios: Los Reyes, Santo Santiago, La Magdalena, San Juan Bautista, San Pedro, San Miguel, La Santísima Trinidad, San Francisco y San Juan Evangelista. En cada uno de estos barrios se construyó una capilla y una escuela, se conformó un coro y se fomentó la fabricación de alguna artesanía. (Paredes; 1997).

San Francisco Uruapan fue fundado en sus orígenes como un asentamiento de indios, un lugar destinado únicamente para los naturales de la región, el eje rector de la ciudad estaba constituido por la parroquia de San Francisco, presente aún en la actualidad, mientras que en el centro de la ciudad se localizaban las principales instituciones políticas, religiosas, culturales y sociales; los indios, por su parte, vivían en los nueve barrios ya mencionados que se distribuían con base en este punto. (Talavera; 2011).

La disposición de los barrios toma la forma de una cruz, donde el punto central fue otorgado a la parroquia de San Francisco, tomando un eje norte-sur con las

capillas de los barrios de San Miguel y San Juan Evangelista y otro eje, este-oeste con las capillas de Santiago y San Francisco. En función de este orden, comienza la disposición de las calles y del resto de los barrios (Talavera; 2011).

Actualmente, algunos de estos barrios aún existen como tales y conservan sus tradiciones en lo posible, hecho que se manifiesta durante las conocidas “fiestas del barrio”, que dejan ver de manera clara el apego religioso que conserva la ciudad desde su fundación y organización territorial.

Debido a la localización del pueblo, pronto se convirtió en parte de una ruta comercial sumamente transitada, razón por la cual, con el tiempo, dejó de ser un pueblo de indios para dar paso a la llegada de españoles al lugar, lo cual trae consigo el mestizaje de la ciudad (Talavera; 2011).

En la actualidad, la principal actividad comercial de la ciudad reside en la producción y venta de aguacate, tanto a nivel nacional como internacional, siendo este el primer sector agroindustrial en el lugar, además de uno de los mayores generadores de empleos para Uruapan.

Por otro lado, los servicios gubernamentales de la ciudad están destinados en su mayoría a la población infantil, joven y adulta, mientras que la población de adultos mayores no cuenta en general con los servicios adecuados o con instituciones pensadas únicamente para ellos, tal es el caso de que en la ciudad existe un solo asilo para ancianos.

De acuerdo con la página oficial del INEGI (www.inegi.org.mx) la población total de la ciudad se encuentra alrededor de los 315,350 habitantes (cifra total del censo 2010), de los cuales el 27.6 % corresponde a las edades entre los 17 y 29 años y el 8.9 % a la población de 60 años y más, hecho que refiere que la población uruapense es esencialmente joven y por lo cual, una investigación sobre las actitudes ante la muerte en la población de adultos mayores resulta no solo interesante, sino necesaria al tratarse de un sector minoritario y que en gran medida representa la génesis de la población juvenil.

CAPÍTULO 1

LAS ACTITUDES

Como parte del sustento teórico en la presente investigación, se abordará desde la perspectiva psicológica social el concepto de actitudes, sus componentes y sus funciones, se efectuará un análisis teórico tanto de los procesos implicados en su formación como en su modificación, explicando los procedimientos utilizados en la ciencia psicológica para el estudio y comprensión de las mismas, además de la utilidad dentro de la estructura psíquica del individuo al desarrollar su vida en colectividad.

1.1 Antecedentes del concepto de actitud.

Como se ha mencionado anteriormente, el concepto de actitudes es una idea que la psicología social y sus estudiosos deben definir con precisión y cuidado para explicar la conducta humana de manera objetiva.

Dentro del desarrollo histórico de la psicología se habló de diversos procesos implicados en la conducta humana, hasta desembocar en el concepto de actitud.

Sin embargo no fue sino hasta 1918 que los autores Thomas y Znaniecki definieron específicamente a la psicología social “como el estudio de las actitudes” (Torneró; 1991: 94).

Años después, en 1968, Gordon W. Allport señaló que el concepto de actitud era posiblemente el concepto con mayor relevancia en la psicología social norteamericana contemporánea (referido por Lindgren; 1991). Esto dio pie a que con el tiempo, más autores arrojaran sus definiciones acerca de este concepto.

Por su parte, Thurstone en 1928 (citado por Rodrigues; 2008) habló de las actitudes como una integración de predisposiciones, inclinaciones, sentimientos humanos, prejuicios, ideas, temores y convicciones acerca de un objeto determinado, manejándolo como un esquema mental organizado en el tiempo de vida del sujeto.

Tornero (1991) cita varias definiciones de actitudes, entre las cuales se mencionarán algunas por resultar de relevancia para esta investigación:

Para Krech, Crutchfield y Ballanther, en 1962, actitud se refiere a un sistema de evaluaciones tanto de aceptación como de rechazo, sentimientos y emociones que prevalecen a través del tiempo y predisponen una tendencia de comportamiento, ya sea a favor o en contra de un objeto de interés social.

Por otro lado, para Sheriff y Sheriff, en 1965, las actitudes son posturas que las personas adoptan y experimentan cotidianamente en relación con objetos, controversias, personas, grupos e instituciones.

Nicola Abbagnano afirma que el término actitud es utilizado “para indicar la orientación selectiva y activa del hombre en general, en relación con una situación o un problema cualquiera” (Torneró; 1991: 76).

Con el desarrollo, profundización e implementación de nuevas teorías en el estudio de este concepto, las definiciones comenzaron a incluir otros elementos que se consideran componentes importantes de las actitudes. Newcomb, Turner y Converse en 1965 (referidos por Torneró; 1991) hacen referencia al componente cognoscitivo para definir a las actitudes, al afirmar que de esta manera se trata de una organización de pensamientos, aprendizajes e ideas dotadas de valencia.

Freedman, Carlsmith y Sears en 1970, incluyen no solo lo cognoscitivo como la información que se tiene sobre el objeto de actitud, sino que hablan también de lo afectivo como componente actitudinal, explicando que es primordialmente lo afectivo lo que otorga una valoración positiva o negativa. De manera complementaria, Mann, en 1970, integra los componentes cognoscitivo, afectivo y conativo, hablando de actitud como la organización que tiene una persona en cuanto a ideas y sentimientos que lo predisponen a comportarse de un modo determinado.

1.2 Definición del término actitudes.

Como se ha mencionado anteriormente, existe una infinidad de definiciones psicológicas hacia el concepto de actitud(es), por esta razón, de entre todas las

concepciones recopiladas, se decidió retomar la expuesta por Rodrigues, quien resume los elementos esenciales de las actitudes en la siguiente manera:

“Una organización duradera y general de creencias y cogniciones; b) una carga afectiva a favor o en contra; c) una predisposición a la acción; d) una dirección hacia un objeto social” (Rodrigues; 2008: 86).

Finalmente, el autor referido construye una definición de actitud exponiéndola como un esquema estable de pensamientos, creencias y aprendizajes que contienen una tendencia afectiva, ya sea a favor o en contra hacia un objeto de actitud, lo cual predispone a un comportamiento determinado y coherente con estos afectos.

Este autor menciona que las actitudes se forman a partir de los procesos de socialización y aprendizaje, que además se encuentran influenciadas por las diferencias individuales de personalidad o por situaciones sociales específicas e incluso corresponden a funciones psicológicas diversas, como la búsqueda de congruencia o equilibrio entre los elementos que conforman dichas actitudes.

1.3 Componentes de las actitudes.

Siguiendo por la misma línea, Rodrigues (2008) explica que a pesar de existir gran cantidad de definiciones sobre el concepto de actitud y de diferir en las palabras empleadas, todas ellas coinciden en hacer referencia a uno o todos los componentes que intervienen en la formación de actitudes. Menciona también que otro punto

donde coinciden estas definiciones es en mostrar a las actitudes como fenómenos no observables, pero sujetos a inferencias por medio de la observación y medición de los tres componentes actitudinales: cognoscitivo, afectivo y conativo (conductual).

Según lo expuesto por Rodrigues, una actitud puede formarse a partir de uno solo de estos componentes, lo cual de una u otra manera incentivará a los otros, ya que aunque se trate de procesos distintos, se encuentran fuertemente relacionados entre sí.

1.3.1 Componente cognitivo.

Fishbein y Ajzen, en 1975, hacen una diferenciación entre actitudes y creencias, al diferenciar que las actitudes se refieren a las evaluaciones tanto positivas como negativas ante un objeto, mientras que las creencias aluden a la información que se tiene de ese mismo objeto, de esta manera, una creencia atribuye una o varias características a un objeto (citados por Munné; 1986).

De acuerdo con Perlman (1992), el componente cognoscitivo está conformado por creencias, ideas, opiniones, valores y estereotipos acerca de un objeto.

Del mismo modo, Rodrigues (2008) explica que es necesario para el individuo contar con información acerca de un objeto determinado, para poder crear una actitud sobre él.

Dicha información surge de la experiencia, es decir, de cómo percibe la persona a su entorno y por tanto, puede ser escasa o subjetiva; en el primer caso, los sentimientos correspondientes serán poco intensos, mientras que en el segundo, la intensidad de los afectos no se verá afectada, sino que será proporcional a la información que se tiene, independientemente de si esta refleja o no la realidad del individuo.

1.3.2 Componente afectivo.

Según Fishbein y Raven, el componente afectivo se refiere “al sentimiento a favor o en contra de un determinado objeto social” (retomados por Rodrigues; 2008: 87).

Estos mismos autores explican que el componente afectivo es el único relevante dentro de la formación de una actitud, mientras que los elementos cognitivos y conductuales a los que hacen referencia otros autores, no son más que elementos mediante los cuales, puede realizarse una medición de la actitud, pero que no conforman parte de la misma.

Ejemplificando lo anterior, Munné (1986) plantea que las actitudes surgen primordialmente de los afectos o sentimientos de un individuo hacia un objeto o situación, mientras que las creencias y la conducta son procesos aparte, aunque íntimamente relacionados entre sí; asimismo, son consecuencia de los primeros.

Sin embargo, Rodrigues (2008) plantea que el componente afectivo debe ser congruente con el cognitivo, de esta manera reforzará las actitudes adoptadas por la persona, otorgándole una sensación de satisfacción y equilibrio personal que desemboca en acciones o conductas determinadas; si por otro lado, existe incongruencia entre los componentes actitudinales, la actitud se verá debilitada y podrá ser modificada con facilidad.

1.3.3 Componente conativo.

Respecto del componente referente a la conducta, Rodrigues (2008) lo expone como el resultado de la combinación de los elementos anteriormente definidos (cognitivo y afectivo). Si existe congruencia entre las cogniciones y las emociones hacia un objeto específico, se producirán conductas coherentes a dicha correlación.

Perlman lo expone como el “componente tendencial”, que trata meramente “de una tendencia a actuar o reaccionar de un cierto modo con respecto al objeto” (1992: 31).

Es importante mencionar que aún en la actualidad, no existe unanimidad en cuanto al papel desempeñado por las actitudes sobre la conducta relacionada con ellas.

1.4 Relación entre actitud y conducta.

El evidente vínculo existente entre la actitud y la conducta, resulta quizás en uno de los fenómenos de mayor relevancia para la psicología social, sin embargo, existen diversas teorías al respecto.

Newcomb, Turner y Converse (citados por Rodrigues; 2008) plantean a las actitudes como un fenómeno predisponente que, en combinación con una situación específica, desembocarán en una conducta determinada. De esta manera, se supondría a la actitud como un estado meramente latente, que al presentarse una situación suficientemente significativa, se activaría, motivando de esta manera a la conducta resultante.

Contrario a esto, Rodrigues (2008) menciona también a Krech, Crutchfiel, Smith y otros autores para quienes las actitudes constituyen en sí mismas la fuerza motivante a la acción, lo cual excluye por completo la necesidad de una situación desencadenante para la acción.

Al respecto, Tornero (1991) expresa en su obra que las actitudes conforman las motivaciones para llevar a cabo una u otra conducta.

Todo lo anterior hace pensar en las actitudes como predictoras objetivas de la conducta, sin embargo, se sabe que no es de esta manera, ya que no siempre se observa una completa correspondencia entre los componentes actitudinales.

La existente discrepancia entre las actitudes y las conductas ha intrigado por años a los psicólogos sociales, quienes se han encargado de estudiar los factores desencadenantes tanto de la congruencia como de la incongruencia entre ambos elementos.

Perlman (1992) plantea que la relación entre actitud y conducta no puede estudiarse bajo una ley de causa y efecto, sino que deben tomarse en cuenta algunas variables tanto externas como internas al sujeto, para explicar en qué ocasiones una actitud derivará en una acción determinada y cuándo esta correspondencia no existirá. Dichas variables son: otras actitudes relacionadas con la conducta, los intereses personales del sujeto en cuestión y la influencia social en el momento de la conducta.

Myers (1997) por su parte, explica que la poca o nula relación entre conducta y actitud se debe a que ambos son fenómenos separados, determinados por influencias diferentes.

Contrario a esto, Triandis (citado por Rodrigues; 2008) menciona que resultaría negligente pensar que no existe una correspondencia entre actitud y conducta, sin embargo, es preciso aclarar que las actitudes se refieren a los pensamientos, sentimientos y las maneras en que a los individuos les gustaría comportarse ante determinado objeto de actitud, mientras que la conducta está determinada no solo por lo que a las personas les gustaría hacer, sino por reglas

sociales, así como sus hábitos y el análisis de las posibles consecuencias tanto positivas como negativas ante sus acciones.

1.5 Función de las actitudes.

Las actitudes tienen diversas utilidades encaminadas en su mayoría a la convivencia grupal del ser humano, es decir, a la interacción social, con la finalidad de procurar en el sujeto una adecuada adaptación al medio social en el cual se desenvuelve.

Rodrigues (2008) retomando a varios autores, resume de modo muy breve las principales funciones sociales de las actitudes: obtener recompensas y evitar consecuencias aversivas, reafirmar la autoestima y el autoconcepto, así como minimizar la ansiedad generada por conflictos, ayudar a comprender y esquematizar información, reflejar ideologías y sistemas de valores, así como establecer una identidad social.

Continuando con lo expuesto, Tornero (1991) retoma a E. Hollander, quien enlista cuatro funciones básicas de las actitudes:

- Instrumental: también llamada adaptativa o utilitaria, hace referencia a las reacciones positivas que el sujeto espera recibir de los otros al momento de manifestar sus actitudes. La persona, con base en sus metas y

necesidades, expresa sus actitudes analizando cómo le serán útiles en el alcance de dichas finalidades.

- De defensa del Yo: permite a la persona defender su propia estructura yoica, manteniendo congruencia entre la idea que tiene de sí y aquella que los demás esperan.
- De expresión de valores: permite manifestar posturas ideológicas y valorativas ante algún objeto de actitud, reafirmando el propio sistema de valores por medio de las actitudes expresadas.
- De conocimiento: las actitudes predisponen en el individuo la búsqueda de ciertas vivencias, de esta manera, la información obtenida es procesada de modo racionalizado, contribuyendo a que la persona mantenga una sensación personal de consistencia.

1.6 Formación de las actitudes.

Como ya se ha mencionado anteriormente, además de los componentes: afectivo, cognitivo y conductual de las actitudes, estas se ven claramente influenciadas por otras variables, en su mayoría manifestadas dentro del contexto social en el que se desarrolla la persona.

En suma, la formación de actitudes es también condicionada por dichas variables, de este modo, las respuestas conductuales provenientes de cierta actitud deberán ser acordes al ambiente social donde se lleven a cabo, es decir, tomando

como referencia la posible aprobación o rechazo de otras personas; al mismo tiempo, deben ser congruentes también con la imagen que la persona tiene de sí mismo y que desea proyectar ante los demás.

De acuerdo con Perlman (1992) existen tres factores de gran importancia en la formación de una actitud: la información que se recibe del entorno, el grupo con el cual se identifica la persona y sus necesidades individuales; los cuales se explican enseguida.

- La información recibida: para este autor, es determinante la obtención de información acerca de un objeto para así poder crear una actitud hacia él. Es importante mencionar que la información que suele tenerse sobre algún tema es generalmente escasa, lo que provoca una generalización que deriva en un prejuicio hacia dicho objeto.

El autor también refiere que la información obtenida del medio suele provenir de la educación académica, los medios de comunicación masiva, las experiencias directas del sujeto con su entorno y el grupo en el cual se desarrolla.

- Grupo de identificación: este elemento hace hincapié sobre el fenómeno de la conformidad en el ser humano, el cual se presenta principalmente en los grupos primarios de desarrollo socializador. Perlman (1992) explica que la necesidad de aceptación, así como los beneficios obtenidos, provocan que el sujeto adopte actitudes previamente existentes dentro de los ya mencionados grupos.

Sin embargo, el autor menciona que la elección de un grupo puede verse condicionada al observar que los miembros poseen actitudes similares a las propias. Por otro lado, hace la diferenciación entre los grupos primarios y los grupos de referencia, estos últimos son con los que un individuo se identifica y que influyen de forma más directa sobre las actitudes. Según Hollander (citado por Tornero; 1991) las actitudes se producen de acuerdo con las normas y costumbres de una sociedad, en este caso, se tratan de un aprendizaje en el individuo en relación con una colectividad.

- Necesidades Personales: Finalmente, Perlman (1992) explica cómo una actitud tenderá a desarrollarse positiva o negativamente según las necesidades propias resulten satisfechas por el objeto de actitud.

Respecto a la formación de actitudes, Rodrigues (2008) plantea que las actitudes se forman a través de un aprendizaje social en el niño, según sean las recompensas y los castigos que reciba al expresar ciertas actitudes hacia diversos objetos. Menciona también que no solo se adoptan actitudes con base en las consecuencias, sino que la formación de una actitud puede verse influida si se observa en otras personas que resulten significativas para el sujeto.

Además de esto, Rodrigues (2008) y Lindgren (1991) hacen referencia al papel de la personalidad en la formación de actitudes, como un sistema de valores o una ideología consecuente a ciertos tipos de personalidad.

Por otro lado, Worchel y cols. (2002) detallan la formación de actitudes según se basen en cualquiera de los tres componentes de las actitudes: afectivo, cognitivo y conductual, además de los factores biológicos implicados en este proceso. Tal proceso se explica en los subapartados siguientes.

1.6.1 Formación de actitudes con base en el componente cognoscitivo.

La formación de actitudes hacia un objeto se ve influida por las evaluaciones que se hacen de él, las cuales se ven justificadas en la información que se posee, de esta manera, el conocimiento que se tiene se relaciona directamente con las valoraciones que se llevan a cabo (Worchel y cols.; 2002).

La teoría de la acción razonada basada en el modelo de Fishbein y Ajzen (citados por Worchel y cols.; 2002) plantea, a modo general, la relación antes mencionada entre conocimiento y actitudes. De esta manera, las actitudes ante determinado estímulo se encuentran condicionadas por los atributos que los sujetos asocian al objeto de actitud y cómo se valoran, ya sea de manera favorable o desfavorable.

Además de esto, Worchel y cols. (2002) plantean que la información, así como las creencias que se tienen sobre algo, provienen de dos fuentes distintas: la experiencia directa y la información indirecta, la primera es aquella que obtiene el sujeto de experiencias personales en su vida cotidiana, y la segunda, la información que el sujeto obtiene de observar a otras personas.

Los autores hacen la diferencia también de que las actitudes que se encuentran fundamentadas en la experiencia directa de la persona, resultan más accesibles, claras y permanecen más tiempo en los esquemas mentales que aquellas que están basadas en información indirecta.

1.6.2 Formación de actitudes con base en el componente afectivo.

Este proceso se focaliza en el papel meramente independiente de los afectos en la formación de actitudes, sin estar mediada por el componente cognitivo.

Al respecto, Zajonc propone la teoría de que la exposición constante de un estímulo a una persona, provocará en ella una actitud favorable, de este modo “La familiaridad enseña el aprecio” (Worchel y cols.; 2002: 329).

Sin embargo, se mencionan algunas limitantes hacia esta propuesta, una de ellas es que la exposición constante al estímulo puede provocar en el sujeto aburrimiento, situación que desembocaría en una actitud poco favorable, además, si el estímulo presentado repetidamente es desagradable para el sujeto, lo único que se logra es un aumento en el rechazo ante ese estímulo.

Mencionan Worchel y cols. (2002) que otro proceso por el cual se forman actitudes con base en la información afectiva, es el condicionamiento clásico, donde se busca una exposición repetida a ciertos estímulos pareados, y así provocar por uno de ellos una respuesta que se propicia de forma previamente natural por el otro.

Las actitudes formadas a través de estos procesos carecen de una racionalización, por el contrario, se ven influidas únicamente por los sentimientos de agrado o aversión provocados por el objeto.

1.6.3 Formación de actitudes con base en el componente conductual.

Worchel y cols. (2002) exponen al respecto que la formación de actitudes puede darse también al ser inferidas al analizar las propias conductas previas hacia un objeto específico de actitud.

Los autores citan la teoría de la autopercepción de Bem, explicando que las personas realizan juicios y evaluaciones descriptivas de sí mismas y sus actitudes deduciéndolas de las conductas que han emitido de forma “libre”. Esta teoría menciona también que la formación de una actitud por medio de la conducta, es más factible cuando dicha actitud es poco clara para el sujeto, de este modo, tendrá que basarse en conductas previas para definir su postura ideológica.

En cuanto a este tema, Morales (2007) hace referencia a la teoría de la disonancia cognitiva, la cual se origina cuando se percibe una contradicción entre lo que la persona expresa y las acciones que lleva a cabo, provocando un estado de tensión y ansiedad. Para aliviar esta situación y recobrar el equilibrio, es posible que la persona modifique sus actitudes previas con otras más acordes a las conductas emitidas.

1.7 Cambio de actitudes.

Ya se ha mencionado anteriormente la importancia que desempeña cada componente (afectivo, cognitivo y conductual) en la formación de actitudes, del mismo modo, al encontrarse estos factores estrechamente relacionados entre sí, pueden emplearse en el proceso de cambio de una actitud.

Al respecto del cambio de actitudes, Tornero (1991) enlista una serie de teorías encaminadas al estudio de este fenómeno, como lo son: la disonancia cognitiva de Festinger, la teoría de congruencia, la del equilibrio y la de la consistencia cognitiva. Todas ellas involucran la idea de la necesidad de existencia de un estado congruente o equilibrado entre los componentes actitudinales.

Rodrigues (2008) habla de un estado armónico entre dichos componentes, de esta manera, un cambio efectuado en el ámbito cognitivo, afectivo o conductual respectivamente, originará un estado de desequilibrio, el cual traerá consigo cambios en los dos componentes restantes.

Por su parte, Perlman (1992) indica que una actitud será modificada en el momento que los factores involucrados en su creación cambien de una u otra manera para el sujeto, estos cambios para el autor van encaminados hacia la obtención de aprendizajes y experiencias nuevas.

Las actitudes pueden, entonces, modificarse mediante la transformación de alguno de los tres componentes referidos. Dicho proceso se detallará en los subapartados posteriores.

1.7.1 Cambio de actitudes por medio del componente cognitivo.

Se ha hablado ya de cómo la información que se tiene hacia un estímulo específico, determina la actitud que se produce ante él, de la misma forma, si se expone a la persona a nuevas fuentes de información, esto provocará una modificación de los esquemas previos y una reestructuración de las actitudes originales, por lo tanto, se registrará un cambio en estas.

Perlman (1992) expone los cambios de residencia, de estatus socio-económico y la información recibida por los medios de comunicación, como algunos ejemplos de situaciones que promueven los cambios de actitud por medio de un cambio en las creencias.

1.7.2 Cambio de actitudes por medio del componente afectivo.

El cambio actitudinal provocado por medio del componente afectivo está aislado de un fundamento cognoscitivo real, pero basado en información subjetiva que resulte congruente con los nuevos afectos registrados ante determinado estímulo.

El proceso de cambio se basa en la justificación de la persona ante dichas modificaciones por medio de la racionalización y la búsqueda de características o atributos en el objeto que lo sustenten (Perlman; 1992).

1.7.3 Cambio de actitudes por medio del componente conductual.

El proceso de cambio actitudinal por medio de la conducta, conlleva cierto grado de coacción sobre ella, generalmente utilizando consecuencias benéficas al efectuar determinado comportamiento.

Al momento en que el sujeto se percibe a sí mismo llevando a cabo acciones contrarias a actitudes previamente manifestadas, motivará el reajuste de los componentes cognitivo y afectivo para así restablecer el estado de equilibrio.

Resulta importante mencionar también lo expuesto por Perlman (1992) en cuanto a la relevancia en la organización de las actitudes como un esquema mental en el cambio actitudinal.

Este autor refiere que las actitudes no se encuentran aisladas unas de otras, sino relacionadas a modo de grupos de creencias, ya que las actitudes manifestadas por un individuo serán similares entre sí, esto conforma un “conjunto global de actitudes” (Perlman; 1992: 31).

Para el autor, la relevancia de una actitud será dictaminada por la posición que ocupe dentro del esquema y al mismo tiempo, así será el grado de dificultad para modificarla.

1.8 Fuerza y estructura de las actitudes.

De acuerdo con todo lo anteriormente expuesto, puede observarse que la creación y modificación de las actitudes obedece a ciertos criterios y que estos determinan, a su vez, qué tanto influyen dichas disposiciones en el esquema psíquico de una persona o qué tan factibles son al cambio.

Para predecir estos aspectos, es necesario determinar qué tan fuerte es una actitud y cómo está estructurada.

Morales (2007) explica que la fuerza de una actitud se refiere a su estabilidad y resistencia a través del tiempo, además de su fiabilidad para predecir una conducta en el individuo; se denominan entonces como “actitudes fuertes”, aquellas que cumplan con estos requisitos.

Este mismo autor cataloga los diversos indicadores de la fuerza de las actitudes en dos géneros: objetivos e subjetivos, explica también que los criterios definidos como objetivos son observables y hasta cierto grado medibles, mientras que los subjetivos se relacionan con la percepción personal que cada sujeto tiene sobre sus actitudes.

1.8.1 Indicadores objetivos.

Son también llamados indicadores operativos. Según Morales (2007) los más analizados por los psicólogos sociales son: la extremosidad, accesibilidad, ambivalencia, estabilidad, resistencia, predicción de la conducta y el conocimiento sobre un objeto de actitud.

- 1) Extremosidad o polarización: este indicador incluye dos aspectos distintos aunque relacionados entre sí, la dirección o valencia, y la intensidad o polarización.
 - Dirección o valencia: es la valoración que hace una persona ante un determinado objeto de actitud, puede ser de forma positiva, negativa o neutra.
 - Intensidad o polarización: se refiere al grado en que una persona percibe la valencia ante un objeto de actitud, es decir, la extremosidad de sus afectos.
- 2) Accesibilidad: este indicador se refiere a la facilidad con que una actitud se activa dentro de los esquemas mentales al reaccionar ante un estímulo. El grado en que una actitud sea accesible al pensamiento, determinará la interpretación que la persona dé a su entorno, así como su reacción y modo de confrontarlo. En consecuencia, “la relación entre actitud y conducta aumenta cuanto mayor sea la accesibilidad de la actitud” (Morales; 2007: 471).
- 3) Ambivalencia: en ocasiones, las personas no tienen una valencia determinada en la actitud hacia un objeto, sino que muestran al mismo tiempo una

evaluación tanto positiva como negativa. Por la misma tendencia al equilibrio ya mencionada anteriormente, una actitud ambivalente provocará conflicto en la persona, debilitando entonces la actitud y haciéndola más vulnerable a la persuasión y con ello, al cambio.

- 4) Estabilidad: una actitud es considerada estable en relación con que su intensidad no mengua a través de un periodo considerable de tiempo, sino que se mantiene intacta.
- 5) Resistencia: una actitud puede considerarse fuerte con base en su resistencia al cambio, a pesar de que la persona sea expuesta a nueva información que desacredite aquella que ya poseía con anterioridad, y sobre la cual fundamentaba sus actitudes.
- 6) Predicción de la conducta: ya se ha explicado con anterioridad la relación existente entre actitud y conducta, así que la medida en que la primera puede influir en la emisión de la segunda, se considera un indicador de la fortaleza actitudinal.

Morales (2007) expone también que así como las actitudes son creadas mediante diversos procesos relacionados con los componentes actitudinales, de manera recíproca, de estos procesos dependerá el grado de influencia de una actitud sobre la conducta.

1.8.2 Indicadores subjetivos.

También conocidos como indicadores metacognitivos. Morales (2007) menciona que para cada uno de los indicadores objetivos se encontrará uno subjetivo.

Los indicadores subjetivos son medidos y estudiados en función de la percepción de las personas hacia los indicadores objetivos referentes a sus propias actitudes.

- 1) **Confianza o Seguridad:** se refiere al grado en que una persona considera que sus actitudes son válidas o correctas según el contexto social donde son emitidas, es decir, qué tan seguro se siente el sujeto al sostener una actitud en función de las impresiones que desea manejar, su accesibilidad a los esquemas cognitivos, afectivos y conductuales, su estabilidad en el tiempo, las experiencias directas y su extremosidad, aunque este último no corresponde a un fenómeno de causa y efecto puesto, que se puede sentir seguridad ante actitudes con una polarización moderada.
- 2) **Importancia:** Krosnick (citado por Morales; 2007) expone que la importancia como indicador subjetivo se refiere a la autovaloración de relevancia que las personas hacen sobre sus propias actitudes, así como el significado que les otorgan dentro la percepción de sí mismos. Según el autor, la búsqueda de información sobre un objeto de actitud se verá influenciada por este proceso, ya que si se le da importancia al objeto en sí, la persona buscará información

lo más objetiva posible, mientras que si la importancia es desplazada a la propia actitud, se buscará entonces información sesgada que la refuerce y mantenga.

- 3) Conocimiento: implica cuánto cree la persona saber sobre sus propias actitudes y los objetos hacia los cuales van dirigidas. Morales hace la distinción entre conocimiento objetivo y conocimiento subjetivo. El primero es lo que un sujeto en realidad sabe sobre el objeto actitudinal, mientras que el conocimiento de naturaleza subjetiva sería la cantidad de conocimiento que el sujeto cree poseer.

En conclusión, aunque tanto los indicadores objetivos como subjetivos impliquen procesos distintos, la información conjunta entre ellos arroja una visión más amplia sobre la fortaleza de una actitud dentro de un esquema cognitivo, así como de la manera en la cual se encuentran estructuradas. Esta información es de gran relevancia no solo al momento de crear o modificar una actitud, sino también al medirla.

1.9 Medición de las actitudes.

Dentro de todas las ciencias, la medición es un requisito indispensable para cumplir con los criterios de objetividad, de la misma manera, la ciencia psicológica no queda exenta de este requerimiento y es por esta razón, que en el presente capítulo se abordará el tema de la medición de actitudes.

Para la psicología, un proceso tan importante en la investigación como la medición, parece todo un reto, pues ha sido necesario buscar diversas maneras de cuantificar lo intangible, como lo son los fenómenos psíquicos.

De acuerdo con Summers (1978), cuando el fenómeno a medir no es observable directamente (como ocurre con los procesos psicológicos), resulta de gran utilidad diferenciar tres subetapas para la medición:

- a) Identificación de las conductas de las cuales puede inferirse el fenómeno psíquico.
- b) La recolección de dichas muestras conductuales.
- c) Análisis de las muestras conductuales para transformarlas en una variable medible de forma cuantitativa.

En cuanto a lo que refiere a la medición de las actitudes, Summers hace hincapié en que debido a la gran cantidad de definiciones sobre este constructo y la dificultad que supone integrarlo en una sola definición, esto obstaculiza la construcción de procesos e instrumentos de medición actitudinal, por lo cual dicha tarea se basa por lo general en uno solo de los componentes.

Por su parte, Morales (2007) hace la distinción de dos categorías para los procedimientos mayormente empleados en la medición de actitudes, clasificándolos en procedimientos directos e indirectos.

Los procedimientos directos de la medición de actitudes son aquellos donde el investigador pregunta a las personas de forma explícita sobre el estímulo actitudinal, mientras que los indirectos buscan determinar las creencias y evaluaciones que la persona efectúa ante un objeto sin preguntar directamente, es decir, infiriéndolo de otro proceso.

1.9.1 Procedimientos directos de la medición de las actitudes.

Morales (2007) menciona los siguientes instrumentos de medición dentro de los procedimientos directos:

- **Diferencial semántico:** en este instrumento, el investigador pide al encuestado que evalúe determinado objeto de actitud de acuerdo con pares de adjetivos calificativos opuestos entre sí, en escalas entre 3 y -3 respectivamente a la valoración positiva o negativa de los adjetivos.
- **Escala Likert:** en este procedimiento se muestra al entrevistado, una batería de declaraciones afirmativas sobre un objeto de actitud, en la cual deberá señalar el grado de acuerdo o desacuerdo que, de manera personal, tiene con ellas, desde estar completamente de acuerdo, a completamente en desacuerdo.
- **Escala de intervalos aparentemente iguales:** también es conocida como escala Thurstone. De acuerdo con Rodrigues (2008), se trata de un instrumento parecido a la escala Likert, pero menos utilizado, debido

principalmente a la complejidad de su elaboración. El investigador deberá elaborar una serie de enunciados declarativos tanto favorables como desfavorables hacia un objeto de actitud y tras esto, someterlos a valoración en una escala entre 1 y 11 puntos, donde la orientación hacia el 1, manejará los enunciados desfavorables y la orientación hacia el 11 los enunciados, que a consideración de los jueces, resulten favorables, pasando por el 6 al cual corresponde el nivel de neutralidad; en los demás puntajes, se deberán colocar aquellos enunciados que varíen entre estos criterios.

Es importante señalar que los jueces deberán calificar cada enunciado de acuerdo con lo favorable o desfavorable que resulte para el objeto de actitud y no conforme a su criterio personal ante este. Finalmente, se elaborará una escala final de 22 reactivos los cuales deberán pertenecer a cada uno de los intervalos y que serán respondidos de forma dicotómica, es decir, sí o no.

A modo de conclusión, Morales menciona algunas desventajas en el empleo de estos procedimientos puesto que, como ya se mencionó antes, existen varios procesos en la formación de una actitud y estos, a su vez, pueden orillar a los sujetos a ocultar sus actitudes en función de la aceptación social.

1.9.2 Procedimientos indirectos de la medición de las actitudes.

Son conocidas también como medidas no reactivas o no intrusivas. Morales (2007) explica de manera breve los siguientes procedimientos como parte de aquellos utilizados de manera indirecta en la medición de actitudes y que tienen como finalidad compensar algunas de las limitaciones presentadas por los métodos directos.

- Pruebas proyectivas: en esta clase de instrumentos, se le presentan al sujeto una serie de estímulos ambiguos, generalmente iconográficos, lo que promueve la interpretación de estos con base en los esquemas y actitudes propios; de esta manera, una actitud ante determinado objeto se infiere de las respuestas del entrevistado. Una limitante para este tipo de evaluaciones es que no cumplen de manera suficiente con los criterios de validez.
- Procedimientos psicofisiológicos: constan de la medición de reacciones ante un objeto por medio del registro de procesos fisiológicos inconscientes e involuntarios como la frecuencia cardíaca, sudoración y dilatación de pupilas, sin embargo, la limitación de este procedimiento es la ambigüedad de la medida, ya que un mismo registro fisiológico puede corresponder a diversas reacciones afectivas como sorpresa, euforia o miedo.
- Procedimientos conductuales: se basan principalmente en la comunicación no verbal, como la postura o los gestos. La ventaja que ofrece esta medición es la posibilidad de grabarla y examinarla a detalle cuantas veces sea necesario,

aunque, al igual que en los procedimientos psicofisiológicos, no existe mucha claridad en lo que esto indica a los investigadores.

- Procedimientos de tiempos de reacción: como ya se dijo en el presente capítulo, la accesibilidad de una actitud a los esquemas mentales influye de gran manera en las conductas.

A partir de esto, en esta clase de procedimientos se mide el tiempo que tarda una persona en reaccionar ante un estímulo, de esta forma, puede inferirse la intensidad y la valoración actitudinal ante un objeto.

Finalmente, y de acuerdo con lo expuesto en el presente capítulo, se puede aseverar que las actitudes corresponden a un sistema integrativo en los procesos psíquicos del individuo, conformado por distintas dimensionalidades, ya sea que operen en el ámbito cognitivo, afectivo o conductual; no puede hablarse de actitudes si se excluye alguno de ellos, debido a esto y a la naturaleza socioadaptativa de las actitudes, pueden explicarse las diferencias individuales en su manifestación, aun cuando la vida en colectividad conlleve gran peso en su formación.

CAPÍTULO 2

LA MUERTE

Debido a los fines de la presente investigación, un capítulo que aborde la temática de la muerte es necesario. Dentro de él se examinan sus diversas concepciones sociohistóricas, pasando por las diversas ideas personales ante este hecho, hasta el planteamiento de diferentes actitudes presentadas en el psiquismo humano hacia un tema que le resulta tan atrayente como atemorizante.

2.1 Perspectivas sociohistóricas sobre la muerte.

El fenómeno de la muerte, así como el del proceso de morir, son algunos de los temas más antiguos de estudio para el ser humano, sin embargo, debido al misterio con que el hombre aborda estos conceptos, encontrar una definición para la muerte resulta una tarea por demás difícil.

Además de esto, la pluralidad de enfoques, así como de civilizaciones y culturas existentes, agrega una nueva limitante a la emisión de una definición de muerte que sea globalmente aceptada.

Por otro lado y a pesar de las situaciones anteriormente mencionadas, Herzog (1964) menciona una respuesta actitudinal comunal ante la muerte encontrada en el hombre primitivo: es la vivencia del terror.

Para ilustrar la utilidad psicológica de esta primera reacción, tan común en el hombre primitivo como en el hombre actual, Herzog (1964) explica que esta capacidad para sentir miedo ante la muerte es precisamente la que diferencia al humano de las bestias, ya que la experimentación del horror promueve la interiorización de una postura frente a la muerte y es gracias también a esto que se toma conciencia sobre la vida.

Este mismo sentimiento de terror puro corresponde a la primera etapa en el reconocimiento de la muerte para el hombre como parte inherente de su realidad. En este punto, la psiquis humana no ha desarrollado rituales ni mitos, menos aún una cosmovisión acerca de la muerte.

Continuando con lo expuesto por Herzog (1964), existen varias tribus cuya concepción de la muerte representa precisamente esta instintiva reacción de horror; en dichas tribus no existen rituales mortuorios sino que, por el contrario, la primera acción optada por el hombre es la huida, abandonando el cadáver en el lugar del fallecimiento.

Al respecto, el autor refiere que “la huida es la respuesta humana original, natural y primera a la vivencia de lo que causa horror” (Herzog; 1964: 23). Al mismo tiempo, cita a W. Wundt quien explica que al momento que el hombre observa la muerte de otro, el impulso instantáneo será huir y dejarlo tirado, puesto que este temerá por su propia vida.

Herzog se muestra inconforme con la explicación de Wundt, ante lo cual aclara que este sentimiento de horror ya mencionado se caracteriza por la ausencia de una representación de la muerte, una imagen que la haga aprehensible al ser humano, es decir, que se enfrenta a algo para lo que aún no tiene un nombre. Al reconocer el hombre la muerte en el otro, se conmociona por el hecho de que, quien tenía ayer vida hoy se ha transformado en algo diferente a él, sin embargo, en esta etapa aún no se desarrolla la conciencia de la propia muerte.

Este mismo autor continua entonces con la referencia a otras tribus primitivas donde, a pesar de observarse el horror ante la muerte y la posterior fuga, se suma ahora una nueva acción, el retorno al lugar del fallecimiento y los primeros esbozos de una sepultura, tras lo cual vuelven a abandonar el lugar para no volver en años.

Esta nueva acción representa para Herzog (1964) una evolución a otra etapa en el reconocimiento de la muerte, esto es, que el hombre la ha integrado en la vida como un algo ante lo cual es necesario adoptar una posición ideológica. El hecho repetitivo de la muerte en la vida cotidiana provoca que el ser humano termine por reconocerla como un destino inevitable para todos los hombres.

Por medio de la sepultura de los cadáveres, comienzan los ritos de veneración hacia la muerte y conjuntamente, la búsqueda del hombre por integrar los misterios de la muerte a una realidad controlable por él mismo, por medio de la imaginación.

De esta forma, una vez que aquel que ha muerto se introduce en la imaginación del vivo, este lo representa en la imagen de demonio, transformando entonces el horror antes experimentado frente a la muerte del otro en un “miedo real de perder su propia y real vida” (Herzog; 1964: 26).

De acuerdo con este mismo autor, varios mitos en culturas primitivas hacen referencia a un antiguo existir donde la muerte no tenía parte, sin embargo, al ocurrir el primer asesinato a manos de los hombres, generalmente un parricidio, la muerte se convirtió en algo inherente a la vida.

Según Herzog (1964), estos mitos indican una nueva evolución en la concepción psicológica de la muerte, donde el hombre ahora se reconoce como un ser que da muerte a otros, de esta forma interviene activamente en lo que hasta ahora le parecía inaprensible para él, traspasando sus limitantes y llevando por completo a la muerte hacia las manos del hombre.

Sin embargo, y de forma paradójica, según expresa el autor, al sentir el hombre que la muerte está en su poder se percata de una nueva amenaza: de todo aquello que puede provocarle a él mismo la muerte.

2.1.1 La imagen de la que cubre y oculta.

Continuando con la evolución de las imágenes representantes de la muerte en el psiquismo humano, Herzog (1964) aborda lo que a su consideración sería la

imagen primaria de la muerte como algo que oculta o cubre, debido básicamente a ese carácter extraño o misterioso a los ojos de los hombres.

Güntert (citado por Herzog; 1964) expone por medio de estudios lingüísticos e historiográficos indogermanistas la designación de un nombre para estas imágenes, que correspondería a “el demonio de la muerte”. De esta forma Güntert explica que en varias culturas, la designación lingüística para estos demonios implica la cualidad primordial de esconder algo u ocultarlo.

Ejemplos de esto son las personificaciones de deidades de la muerte como la ninfa Calipso de los griegos, cuyo nombre bien podría traducirse como “oculta en la tierra, enterrar” o en la diosa de la muerte Hel de los escandinavos, cuya traducción sería “la que esconde, la que tapa” (Herzog; 1964: 40).

Es decir, que tanto Calipso como Hel y muchas otras deidades de la muerte son, en la imagen producida por el hombre, aquellas que esconden algo que hasta ese momento era parte de los seres vivos; más específicamente, lo ocultan bajo tierra, en otras palabras, son las que matan a los hombres.

Para Herzog (1964), este carácter de ocultar a los vivos bajo tierra podría ser lo que da origen a los ritos de sepultura o entierro en los pueblos primitivos, además de esto, hace notar cómo gran parte de la mitología designa a las cuevas, fisuras y huecos en la tierra, como las entradas al infierno o las moradas de los muertos.

Por su parte, Jung (citado por Herzog; 1964) expresa que la creación de estas imágenes internas, las cuales llama arquetipos, son la respuesta que el humano produce para la comprensión de aquellas condiciones naturales a las que todos los hombres se encuentran sometidos, en este caso, la muerte.

2.1.2 La personificación de la muerte en forma de perro o lobo.

Continúa Herzog exponiendo una nueva cualidad para el demonio de la muerte como algo que esconde bajo tierra, ahora como algo que devora, de esta manera, el hombre adecúa estas concepciones en imágenes adecuadas a estos demonios.

En la psique de los pueblos antiguos, las imágenes de perros o lobos como devoradores de hombres y de carroña son las designaciones predilectas para la muerte, sin embargo en algunos casos, estos animales son remplazados por otros similares, más adecuados al contexto cultural. Tal es el caso de México, donde el animal que recibe este papel es el jaguar, o bien, el coyote en las tribus de indios norteamericanos o el leopardo en el Congo.

Así como muchas de las deidades de la muerte son concebidas como las que ocultan, muchas otras son representadas con características caninas, ya que se transformen en este animal, vayan acompañados de alguno o sean la combinación de humanoides y perros, como ocurre con Xólotl de los aztecas, Anubis, Osiris e Isis en Egipto, además de Gula y Labartu en Babilonia.

Sin embargo, la identificación de las representaciones caninas como propias del demonio de la muerte, traen consigo una nueva variante: la imagen del perro en muchas otras deidades consideradas como dadoras de vida. Desde este punto, Herzog (1964) interpreta el desarrollo de una imagen más madura en cuanto a la muerte se refiere, convirtiéndose en una figura equilibrada entre los contrastes de la muerte y la vida.

2.1.3 Personificación de la muerte en figura de víbora o pájaro.

De acuerdo con todo lo ya mencionado, Herzog (1964) introduce ahora una nueva imagen, concordante con estas concepciones de estar oculto bajo tierra y la aparición repentina de la muerte, de esta forma aparece la víbora.

La serpiente evoca ahora un cambio en el simbolismo, según el autor referido, fácilmente analizable a través del punto de vista psicoanalítico al incluir a la víbora como algo fálico, es decir, esta visión madura antes mencionada donde la vida y la muerte se relacionan simultáneamente.

Además de esto, la imagen de la serpiente añade algo más en las concepciones primitivas de la muerte: la transformación, la renovación (representada por el cambio de piel en el reptil). El autor lo señala como una posible introducción a la visión de la vida después de la muerte, incluyendo además, la percepción de lo espiritual a través de otra imagen diferente: el pájaro.

Dicho animal, por su parte, no representa un ser ante el cual el hombre corra peligro, sin embargo, su visión se encamina más hacia la muerte ya consumada, no se trata de un ser que emerge repentinamente para llevarse a los hombres a los confines de la tierra, sino que se encarga de él, una vez muerto.

2.1.4 Concepción de la muerte como caballo y su transformación en la figura humana.

La imagen del caballo parece relacionarse con la de la muerte, debido a las cualidades de rapidez con la que aparece y se va hacia lo desconocido; posteriormente, el caballo comienza a relacionarse con otra imagen: la del jinete, de esta forma se introduce entonces la figura humana como demonio de la muerte, que aprovechando la velocidad de su corcel, arrebató a los hombres de entre los vivos llevándoselos con él.

Al mismo tiempo, para Herzog (1964) la relación entre vida y muerte se deja ver de nuevo en la imagen del caballo como símbolo fálico. Mientras que la imagen humana como demonio mortuario incorpora en la psiquis del hombre la visión ya no de la muerte ajena, sino de la propia, donde ya no solo es él quien puede controlar la muerte por medio del asesinato, sino que él mismo al morir, se transforma en aquello que está oculto.

2.2 Perspectiva filosófica de la muerte.

El tema de la muerte no ha resultado indiferente para gran cantidad de pensadores y filósofos a través de la historia de la humanidad, cada uno de ellos se enfocó a la búsqueda del sentido de morir para el hombre.

Así, lo mencionaba ya Sócrates “el verdadero filósofo siempre está preocupado por la muerte y el morir”. Cicerón por su parte manifestaba que “estudiar filosofía es prepararse para morir” y Montaigne señalaba que “el perpetuo trabajo de la vida es elaborar los fundamentos de la muerte” (referidos por Blanck-Cereijido y Cereijido; 1989: 108).

Mientras, Hegel (referido por Kojeve; 1972) explica que el sentido último de la existencia del hombre es la muerte y que es la conciencia de su propia naturaleza finita la que lo lleva a la sabiduría.

Para Hegel, el hecho de que la conciencia de la muerte represente el sentido último de la existencia humana, se debe a la satisfacción personal del hombre en el reconocimiento por parte de otros, el cual solo será alcanzado por medio de la sabiduría y para lograrlo, el hombre debe ser completamente consciente de la naturaleza, lo cual incluye a la muerte. Al tener un completo entendimiento de la muerte, el hombre podrá afrontarla de forma digna.

Cabe destacar que a pesar de lo dicho por Hegel, este considera que el obtener la conciencia sobre la idea de la muerte no hará feliz al hombre ni traerá consigo ninguna satisfacción, sin embargo, será lo único que pueda enaltecer su orgullo por sobre los demás seres vivientes.

Además de esto, Hegel menciona que la muerte procura al hombre la trascendencia más allá del plano terrenal, diferenciándolo de otras criaturas vivientes, en el sentido de que están sujetas, de forma pasiva, a las leyes de la naturaleza, mientras que el hombre, aunque también sujeto a estas leyes, puede decidir encarar su propia muerte con la finalidad de liberarse del animal que lo contiene. En este sentido, la muerte para Hegel solo implica la destrucción del cuerpo, mas no del espíritu humano.

Por otro lado, Schopenhauer (1984) relaciona el nacer y el morir como componentes polarizados de la vida, correlacionados en el sentido de que uno no existe sin el otro.

El autor expone también que la muerte solo corresponde al individuo, pero la inmortalidad corresponde a la humanidad, para él, la búsqueda de la inmortalidad por parte de los hombres es una necedad antinatural, al querer mantener indefinidamente el error que es el hombre mismo.

Además, Schopenhauer (1984) sostiene que la muerte es en sí misma un alivio para el hombre, el cese de todo sufrimiento humano por su misma naturaleza,

pero que esta existencia individual no se extingue del todo, pues se ve perpetuada en la humanidad.

2.3 La muerte desde la perspectiva médica.

Desde el punto de vista de la medicina ha sido de vital importancia encontrar una definición para el concepto de la muerte, sin embargo para Mant (citado por Toynbee y cols.; 1971) el avance en las técnicas médicas solo ha dificultado aún más el esclarecimiento y el diagnóstico de la muerte.

Mant aborda la problemática médica ante la muerte desde una visión histórica-forense, ya que las dificultades para lograr un diagnóstico exacto de muerte desencadenaron varios casos registrados de personas que se habían recuperado, aún después de haber sido dadas por muertas o incluso personas que fueron sepultadas vivas, a pesar de que un especialista había determinado su deceso.

Debido a las situaciones anteriormente mencionadas, se le dedicó un estudio más riguroso a los síntomas físicos necesarios para diagnosticar el fallecimiento de un individuo, estos son mencionados por Mant como los siguientes: “cesación de la respiración y del pulso, variaciones en los ojos, insensibilidad a estímulos eléctricos, *rigor mortis*, palidez, hipóstasis y relajamiento de esfínteres” (Toynbee y cols.; 1971: 18).

A pesar de la aceptación general de estos síntomas, existe cierta polémica acerca de que estos sean indicadores irreversibles del deceso de alguna persona, debido principalmente a los nuevos descubrimientos en las técnicas médicas, sin embargo, para la mayoría de médicos de la época, el signo inequívoco de que la muerte ha ocurrido, es el proceso de descomposición.

Ryan (citado por Toynbee y cols.; 1971) en 1836 hace la diferencia entre la muerte somática y la molecular. La primera consiste en el cese de todas las funciones vitales, generalmente seguida por la muerte molecular, la cual se refiere a la destrucción de todas las células que conforman el cuerpo humano.

Al respecto, Blanck-Cereijido y Cereijido (1989) citan a Butschli, quien en 1882 propone la teoría de una línea de desarrollo, la cual se va desgastando al paso del tiempo y que termina al agotarse la funcionalidad de las células del cuerpo, las cuales dejan de ser remplazadas por unas más jóvenes.

Desde esta perspectiva, los autores referidos plantean que bien podría considerarse a un cuerpo como vivo mientras no mueran todas y cada una de las células que lo componen.

La consideración de la muerte molecular ha resultado de suma importancia en cuanto a las técnicas de trasplante de órganos se refiere, sin embargo, es así como se complica cada vez más el llegar a una definición médica unánime sobre cuándo un individuo puede considerarse muerto, principalmente porque morir es un proceso

que, gracias a los avances médicos, puede ser revertido en sus etapas iniciales, es por esto que las estadísticas de vitalidad de la Organización de las Naciones Unidas (citadas por Toynbee y cols.; 1971) exponen que la muerte ha ocurrido una vez que desaparecen todos los signos vitales de modo permanente, es decir, que es irreversible.

2.4 Ideas actuales sobre la muerte.

Hasta ahora se han abordado las concepciones sociohistóricas al concepto de muerte. El misterio que representa este fenómeno para el hombre ha generado gran cantidad de ideas, creencias y rituales en busca del sentido de esta, sin embargo, para algunos autores, estas reacciones ante la muerte se han modificado o han desaparecido en las sociedades actuales.

Ya Freud advertía, en 1915, un cambio social de la época en cuanto a la actitud ante la muerte presentada hasta entonces, la cual no consideraba sincera puesto que para él, el hombre y su postura de aceptación ante la muerte como hecho inevitable en la vida eran meras pretensiones, ya que en realidad el ser humano contemporáneo tendía a eliminar la idea de la muerte en el devenir cotidiano (Freud; 1988).

Para este autor, el miedo y la negación de la muerte llevaban al hombre a restringirse de vivir por el temor a apresurar el propio cese de la vida. Estas restricciones ante la vida, orillaban al sujeto a resguardarse en la ficción de las artes

como medio de escape, principalmente en la literatura, donde podían verse inmersos en gran cantidad de vidas sin exponer la propia.

De forma más reciente, para Fonnegra (2001) la reacción actual ante la muerte es negarla, señalando incluso, como socialmente, el abordar el tema de la muerte en las conversaciones corrientes resulta incómodo y hasta grosero. Hace notar también cómo se ha optado por una actitud natural o neutra donde el luto ha desaparecido gradualmente en los rituales mortuorios.

Dicho autor hace además hincapié en las diferencias en los modos de afrontar la muerte que la sociedad prescribe tanto a hombres como mujeres. Por una parte, los hombres deben mostrarse íntegros y sin dar señales de dolor o pesar, e incluso se espera que ellos sean quienes manejen la situación organizando principalmente los trámites legales; las mujeres, en cambio, tienen permitido mostrar la tristeza ante la pérdida, aunque por tiempo limitado.

Al respecto Gorer (citado por Fonnegra; 2001), en 1965, señaló un fenómeno social ante la muerte en los países industrializados que definió bajo el nombre de “Muerte Invisible”. El autor explica que el tema de la muerte desaparece de la vida cotidiana, las personas que van a morir no lo saben y por tanto, no lo confrontan, mientras los familiares evitan el duelo.

Blanck-Cereijido y Cereijido (1989) retratan cómo la sociedad deja de participar en los protocolos funerarios y de interesarse por el moribundo, quien

además es usualmente dejado por la familia al cuidado de un hospital en sus últimos días de vida. Para los autores, este hecho permite al hombre interponer distancia entre él y la muerte, retirándola de su hogar y colocándola lejos, en un hospital.

En este sentido, Blanck-Cereijido y Cereijido plantean que la muerte pierde su carácter natural y se convierte entonces en “una falla del sistema médico” (1989: 125). Mencionan también que la respuesta ante la muerte que parece reinar en las sociedades actuales es comúnmente de vergüenza, debido primordialmente al olvido de las concepciones antiguas donde el creer en la muerte como pago por el pecado le confería un sentido y la creencia de que la eternidad del alma anulaba el efecto permanente de la muerte.

2.5 Actitudes ante la muerte.

De acuerdo con todo lo anteriormente expuesto en esta investigación, se podría concluir que, dentro de la historia humana, las actitudes ante la muerte varían de acuerdo con la época y área geográfica, así como de la ideología predominante. Sin embargo, también se hace notar cierto carácter global en las reacciones ante la muerte que presenta la raza humana, independientemente de las variables ya mencionadas.

Toynbee y cols. (1971) enlistan varias actitudes por medio de las cuales el hombre intenta reconciliarse con la muerte como hecho innegable a la vida humana. Estas actitudes son:

- Hedonista: muchas personas recurren al goce y la satisfacción de cuanto desean en la vida como forma de aceptación y preparación para la muerte, con la finalidad de aprovechar al máximo el tiempo vital antes de que la llegada de la muerte se los impida.
- Pesimista: se presenta cuando las personas concluyen que la vida en realidad está llena de desgracias, razón por la cual la muerte en sí no resulta en un mal, sino en una forma de descanso eterno ante tanta miseria. Toynbee y cols. (1971) mencionan en este punto que dentro de esta clase de actitud, se considerara al suicidio como una opción válida para finiquitar la existencia.
- Intentos por derrotar a la muerte por medio de contramedidas físicas: se refiere a la búsqueda por prolongar la vida, ya sea por medio de cuidados médicos o de medios “mágicos”; se traduce también en el miedo actual a envejecer.
- Intentos de vencer a la muerte por medio de la fama: corresponde a la búsqueda de trascendencia en la historia de la humanidad por parte del hombre por cualquier medio que le confiera el reconocimiento de los otros, a fin de ser recordado por generaciones.
- Creencia en la inmortalidad del alma: la anulación de la cualidad permanente de la muerte por medio de la vida eterna del alma humana, aun cuando el cuerpo que la contenía sea destruido.

- La creencia en la resurrección del cuerpo humano: relacionada con la actitud anterior, puesto que si el alma humana es eterna, reencarnará en un nuevo cuerpo.
- La esperanza del cielo y el miedo al infierno: Se refiere a la creencia personal de la vida del alma después de la muerte en un lugar asignado de acuerdo con su comportamiento en vida. Toynbee y cols. (1971) mencionan al respecto que esta respuesta ante la muerte es la que mayor influencia tiene sobre el comportamiento.

2.5.1 Diferencias en las actitudes ante la muerte del otro.

Fonnegra (2001) por su parte, hace una distinción en las actitudes actuales ante la muerte de acuerdo con el tipo de deceso al cual se enfrente la persona, de esta forma, las actitudes presentadas ante la muerte repentina serán distintas a las de una anticipada por enfermedad. Enseguida se explican dichas actitudes en cada caso.

- Muerte natural repentina: se refiere a aquella que sucede de forma sorpresiva, sin ninguna sintomatología que indicara la cercanía del fallecimiento. Es común que los familiares y amigos de la persona periclitada en estas condiciones, recapitulen cada momento que pasaron con ella, en un intento por comprender y asimilar la muerte.

- Muerte natural anticipada: se presenta como resultado de una enfermedad terminal progresiva; para la autora, las actitudes ante este tipo de muerte varían tanto para el enfermo como para las personas cercanas a él de acuerdo con tres factores: la forma en que sea vivenciada la enfermedad diagnosticada, la duración del desarrollo de dicha enfermedad y la intensidad de dolor y sufrimiento que conlleva. Según Fonnegra (2001), estos factores conllevan posturas ambivalentes en cuanto a la continuación o cese de la vida, además de influir en el duelo posterior.
- Homicidio: la autora refiere que este tipo de muerte genera actitudes conflictivas en las personas cercanas a la víctima, debido a que al duelo por la pérdida se le añade el estrés postraumático que las condiciones del deceso trae consigo, generando además sentimientos de impotencia y miedo, incluso por la propia vida.
- Muerte accidental: las actitudes presentadas son similares a las observadas en caso de muerte natural repentina, sin embargo, pueden verse modificadas de acuerdo con ciertos factores como lo congruente, esperable y prevenible de la muerte, de acuerdo con la situación en que se encontraba la víctima,
- Suicidio: las actitudes presentadas por las personas cercanas a un suicida suelen ser de vergüenza, o bien, optan por juzgar su acción con base en las creencias personales sobre la muerte. En estos casos son comunes los sentimientos de culpabilidad por no haber prevenido el suceso, o de rabia por el egoísmo percibido en el actuar del suicida.

2.5.2 Actitudes ante la muerte en el mexicano.

Ya que la presente investigación se realiza en México, es importante incluir las observaciones de diversos autores que abordan la temática de la muerte desde la perspectiva del hombre mexicano.

Blanck-Cereijido y Cereijido (1989) retratan levemente la postura ante la muerte del mexicano prehispánico, el cual, debido principalmente a sus creencias religiosas, no temía a la muerte sino al hecho de vivir. La muerte traía consigo la existencia cercana a los dioses, es decir, que para los mexicanos antiguos la muerte era el inicio de la verdadera trascendencia.

Paz (2006), por su parte, explica que la muerte para el mexicano del periodo de 1950 ha perdido ese sentido de trascendencia, sin embargo, esta carencia de sentido no ha logrado que el mexicano la ignore sino que, de forma contraria a otras culturas, la muerte está presente en cada aspecto de su vida.

El mexicano, prosigue Paz (2006), reverencia a la muerte, la festeja, pero esta actitud de veneración implica tanto temor ante ella como para cualquier hombre de otra parte del mundo; incluso la intrascendencia que el mexicano percibe en la muerte, proviene de la falta de significado que encuentra para la vida.

En cuanto a este último punto, Bartra (2007) distingue dos causas de origen para la falta de significado y hasta desprecio con que el mexicano encuentra la vida:

en primer lugar, la percepción personal de que la vida está llena de obstáculos y desgracias; en segundo, en el propio desprecio que sienten las clases altas por la vida de aquellos hombres que consideran por debajo de su nivel.

Sin embargo, Bartra (2007) termina por diferir de lo expuesto por Paz (2006) en cuanto a la aparente indiferencia del mexicano ante la muerte. El autor asegura que no es más que un mito, argumentando que esta sí tiene un significado oculto: el control del sufrimiento que la muerte le representa, además de la gestión de un personaje heroico en la cultura mexicana, aquel que a pesar de las adversidades y sufrimientos con los que vive, aún es capaz de despreciar a la muerte.

2.5.3 Actitud ante la muerte en el anciano.

Blanck-Cereijido y Cereijido (1989) postulan las diferencias en el desarrollo de la concepción de la muerte en un individuo, de acuerdo con su nivel madurativo. Estos autores explican cómo el conocimiento de la muerte comienza en el niño cuando este es capaz de simbolizar, aproximadamente a los dos años de edad.

Continúan explicando cómo, para los niños, la muerte equivale a la acción de irse o alejarse y en general, está ligada con hechos violentos o accidentales, además de esto, para los niños no existe la muerte propia, sino que siempre corresponde a la ajena.

De acuerdo con Meyer (citado por Blanck-Cereijido y Cereijido; 1989) la concepción de la muerte propia se desarrolla entre los cinco y los diez años de edad y solo hasta entonces se comprende como una extinción corporal permanente.

Durante la adolescencia, la noción de la vida se centra principalmente en el presente y el futuro, sin embargo la visión de la muerte, aunque presente, se percibe lejana. Poco después, para el adulto joven el tema de la muerte pasa a un plano secundario, debido a su inserción en otros intereses centrados en su mayoría al presente.

Continúan Blanck-Cereijido y Cereijido (1971) exponiendo que una visión de muerte propia e inherente a la vida hace su aparición entre los treinta y cinco a los cuarenta años de edad y citan a Jaques, quien en 1965 dijo al respecto que esta concepción de la muerte cambia de ser una simple idea del pensamiento abstracto, a ser entonces un problema real. De esta forma, el adulto comienza a ver su vida en cuanto al tiempo que le queda por vivir, además de experimentar un creciente miedo a envejecer y enfermarse.

Los ancianos, por su parte, ya no ven a la muerte como ajena, sino como propia, lo que implica una mayor conciencia del hecho. Para ellos, cada referencia a la muerte implica una referencia a su propia muerte.

Para Espinosa (referido en www.iztacala.unam.mx) la etapa de la vejez implica dos grandes pérdidas: la muerte de amigos y pareja, así como el tener que afrontar

la cercanía de la muerte personal, además de la incorporación a un nuevo sistema, ya sea familiar o social.

La autora refiere que cuando un anciano experimenta la muerte de su pareja, se verá vulnerable a niveles de depresión significativos, aunque generalmente las mujeres regresan con mayor facilidad al ritmo de vida acostumbrado.

Esta diferencia mencionada entre los hombres y mujeres en edades avanzadas se explica gracias a los roles que efectúan socialmente. Debido a que a la mujer se le permite entablar una mayor comunicación con las personas cercanas a ella, tendrá una mayor cantidad de fuentes de apoyo al momento de restablecer su vida cuando deba afrontar la muerte del cónyuge.

Por otra parte, para el anciano varón resulta más complicado sobreponerse a la pérdida ya que socialmente se encuentra limitado para encontrar un escape a los sentimientos de tristeza, angustia y miedo que genera en él la idea de la muerte.

Kübler-Ross en 1991 (citada por Espinosa, www.iztacala.unam.mx) encuentra que el anciano al enfrentarse al hecho de su propia muerte, requiere de cuidados y redes de apoyo que le permitan manejar esta etapa sin mayores contratiempos, de lograrlo, el anciano se verá motivado a una mayor responsabilidad de sí mismo y a la toma consciente de decisiones sobre su propio destino.

Se finaliza el presente capítulo al retomar la importancia que la formulación de una concepción de muerte, ya sea tanto personal como colectiva, implica para la psiquis humana. Sin importar los cambios que esta imagen de la muerte desarrolle a través del tiempo, se verá siempre implicada en una develación del misterio que trae consigo para el hombre y en la búsqueda de un sentido para la vida.

CAPÍTULO 3

ENVEJECIMIENTO Y SENECTUD

Al igual que con la muerte, el proceso de envejecer es inherente a los seres vivientes, y de la misma manera trae consigo un cúmulo de reacciones psíquicas en el individuo que atraviesa por esta etapa de desarrollo.

Debido a que la presente investigación se llevará a cabo en la población de adultos mayores, resulta imprescindible para la comprensión de la misma, un capítulo que aborde la naturaleza multidimensional de este proceso.

3.1 Definición de vejez.

Ya anteriormente se mencionaba lo limitante que resulta encontrar una definición global sobre la vejez, debido en gran parte a que la mayoría de los textos de psicología evolutiva comprenden solo desde la infancia hasta la adolescencia, son pocas las referencias que consideran la adultez como un periodo de desarrollo humano y aún más escasos los que llegan a referirse a la vejez. Esto se debe en gran parte a que el periodo correspondiente a la senectud se consideraba como una etapa de declinación y no de desarrollo. Respecto a esto, Moragas (1995) comenta que el estudio del envejecimiento es en realidad un tema reciente dentro de la psicología y que debido a esto, la mayoría de las teorías enfocadas resultan hasta

cierto punto limitadas, situación muy diferente a las teorías existentes en cuanto al desarrollo humano en la infancia y la adolescencia.

Una de las definiciones donde puede encontrarse esta percepción de la vejez como un proceso final del ciclo vital es la presentada por Parres Sáenz (citado por Dallal y Castillo; 2003) para quien la etapa de la vejez es aquella donde la persona tiene como perspectiva futura el final de la vida, lo cual trae como consecuencia un cúmulo de actitudes afectivas ante la serie de cambios que el individuo atraviesa.

Para este autor, la característica psicológica principal de esta etapa es la búsqueda de trascendencia, imponiendo en la persona una urgencia de autodefinición.

Por otro lado, para Whitaker (1966) la vejez constituye un proceso de naturaleza irreversible que provoca en el adulto el paso hacia la ancianidad; el autor compara este estado con la infancia, aunque lo retrata como de carácter deficiente, ya que así como el niño no pertenece aún al ambiente social, el adulto mayor por su parte se retrae, alejándose progresivamente.

De manera contraria, Butler y Lewis (citados por Sánchez; 2000) proveen de utilidad a la etapa de la vejez dentro del desarrollo humano, al explicar que mientras la etapa de la infancia corresponde a un periodo de descubrimiento y obtención de conocimientos, la senectud, por su parte, permite integrar y analizar de manera profunda los logros en cuanto al aprendizaje y adaptación en etapas anteriores.

Actualmente, las definiciones de vejez que engloban distintos aspectos son cada vez más comunes, sobre todo con el auge de la gerontología social, dejando en el pasado las representaciones de la vejez como una época de crisis y problemática, se busca entonces hacer hincapié en las diversas transiciones por las que el adulto mayor debe pasar (Sánchez; 2000).

Una de estas es la presentada por la autora anterior, quien explica que el proceso de envejecimiento no depende de un solo aspecto, sino que se trata de un fenómeno multifacético con características físicas, afectivas, cognitivas y sociales de las cuales depende el grado de funcionalidad del individuo.

Otra de estas definiciones es la expuesta por Moraleda (1999), quien considera los cambios biológicos, sociales y psicológicos como inherentes a este periodo, advierte además que cualquier aportación teórica al respecto que no considere estos tres aspectos, sería errada.

Este autor además, hace una diferenciación entre lo que a su consideración es el envejecimiento como un hecho biológico, como parte del código genético, y aquel que sucede como un fenómeno sociocultural resultado de diversas situaciones tales como la independencia de los hijos, la jubilación, el duelo por la pérdida de las amistades o de la pareja, que producen cambios significativos en el desarrollo personal.

3.2 Consideraciones teóricas sobre la vejez.

Existen dentro del campo de estudio de la vejez, diferentes concepciones teóricas sobre lo que involucra este proceso, algunos autores incluso dividen este periodo en subetapas con la finalidad de comprender de manera más profunda los cambios experimentados, así como las ventajas y desventajas en los diferentes aspectos del desarrollo humano.

Erickson, en 1963 (citado por Sánchez; 2000), fue uno de los pocos psicólogos que se interesó en los periodos de desarrollo humano más allá de la adolescencia, integrando a la vejez dentro de su teoría de la personalidad.

Para Erickson, la vejez era una época de transición donde la crisis psicosocial giraba entre “la integridad de ego” y la “desesperación” (Sánchez; 2000: 116).

Por integridad de ego, el autor se refiere a un sentimiento de aceptación en el adulto mayor hacia lo que fue su vida, se encuentra satisfecho con la imagen de su pasado en el presente y se siente listo para renunciar a la vida cuando llegue el momento inevitable de la muerte (Dallal y Castillo; 2003); por otro lado, la desesperación trae consigo un rechazo hacia la forma en que se vivió, provocando en la persona un profundo miedo a la propia muerte, al considerar que no se tiene tiempo ya para remediar los errores del pasado.

Finalmente, Erickson explicaba que de resolverse la crisis de la vejez de forma satisfactoria y lograr la integración del ego, la fuerza del envejecer se centraba en la sabiduría, lo que permite un equilibrio emocional en la persona a pesar del declive físico y mental, así como una aceptación de su pasado, presente y futuro como un todo en la continuidad existencial, para así, servir de ejemplo a las generaciones que le siguen, contribuyendo al desarrollo óptimo de los demás (Sánchez; 2000).

Por su parte, Peck (citado por Sánchez; 2000) propone que dentro de la etapa de la vejez se viven diversas crisis y no solo una, como proponía Erickson, dichos trances son las siguientes:

- Diferenciación del ego vs. preocupación por el trabajo: el autor define a la primera situación como la capacidad de obtener placer en la búsqueda y mantenimiento de actividades de gusto personal que hagan sentir al sujeto como valioso y útil, sin depender únicamente de aquellas funciones que socialmente posee como adulto.
- Trascendencia del cuerpo vs. la preocupación por el mismo: se caracteriza por la búsqueda de la trascendencia del cuerpo en la capacidad de disfrute en la convivencia social y las capacidades cognitivas, además de sentirse a gusto con el cuerpo y mantener el interés en lo sexual, de manera independiente a la condición física propia de la edad.
- Trascendencia del ego vs. preocupación por el ego: esta crisis es el equivalente a la integridad del ego vs. desesperación, de Erikson. Para Peck

esta crisis consiste en lograr la unión afectiva significativa con los demás, manteniéndose interesado en los otros, y obtener placer ayudando a satisfacer las necesidades ajenas.

Peck exponía que “la vejez es una época de transición, en la cual las pérdidas pueden ser compensadas psicológicamente y deben adquirirse definiciones nuevas y positivas” (citado por Sánchez; 2000: 117).

Moraleda (1999) divide a la vejez en tres fases distintas: la primera de ellas corresponde al retiro laboral, donde el autor refiere que la persona conoce que pertenece ya a una edad mayor, sin embargo, sus capacidades siguen siendo las mismas, el único cambio significativo se reporta en el modo de vida como consecuencia del retiro, puesto que trae consigo un cambio en las actividades cotidianas y en ocasiones, una disminución del ingreso al que se estaba ya acostumbrado. La segunda etapa se caracteriza por el declive de las funciones fisiológicas debido a la edad, lo cual obliga a la persona a confiar y relegar su cuidado y otras responsabilidades a otras personas. Finalmente, la tercera etapa corresponde al deterioro de las funciones cerebrales adaptativas y el sujeto se ve envuelto en una especie de involución infantil, por lo tanto, depende por completo del cuidado de los demás.

Sin embargo, el autor explica que estas etapas no siempre se viven de la misma manera para todas las personas y que incluso son muy pocas las que llegan a

experimentar un declive cerebral significativo; en ocasiones, las tres etapas se presentan juntas y no necesariamente de forma diferenciada.

Papalia y Wendkos (2003) consideran que no es posible determinar con exactitud la edad a la que comienza la vejez como una etapa diferenciada de las demás, incluso cita a Neugarten, quien en 1975 hace una distinción entre “viejos jóvenes”, que son aquellos que han dejado de trabajar pero siguen manteniendo un nivel de actividad semejante a los jóvenes, y los “viejos viejos”, que corresponden a la edad de 75 en adelante.

3.3 Aspectos y cambios fisiológicos del envejecimiento.

Como ya se ha mencionado anteriormente, el proceso de vejez involucra varios componentes: biológico, social, afectivo y cognitivo; al respecto, Blanck-Cereijido y Cereijido (1989) citan a Butschli, cuya teoría fue una de las primeras en buscar una explicación desde el plano fisiológico al proceso natural de envejecimiento, así como de la posterior e inevitable muerte del organismo. Este autor propuso la teoría de una línea de desarrollo, la cual se va desgastando al paso del tiempo y que termina al agotarse la funcionalidad de las células del cuerpo, las cuales dejan de ser reemplazadas por unas más jóvenes, de modo que al agotarse provocan no solo vejez, sino también la muerte.

Whitaker (1966), siguiendo por la misma línea, refiere que el proceso de envejecimiento se inicia en uno de los órganos a partir de que las células que

componen los tejidos comienzan a degenerarse, sin embargo, estas señas degenerativas comienzan su aparición a partir del segundo año luego de haber concluido el proceso de crecimiento.

Debido a que el crecimiento total del organismo da su término entre los 20 y los 21 años, el autor aclara que entonces envejecer no corresponde a la idea compartida socialmente de ser viejo, sino que la ancianidad ocurriría cuando los tejidos de los órganos vitales para el organismo se encuentren a tal grado de degeneración, que la capacidad para llevar a cabo sus funciones de manera eficiente se vea reducida de manera significativa.

Al respecto, Parres Sáenz (citado por Dallal y Castillo; 2003) menciona que el proceso de envejecimiento no es exclusivo la ancianidad como etapa final de la vida, sino que involucra los cambios físicos que se producen de forma natural con el desarrollo del organismo a lo largo de la vida.

De esta forma, el autor plantea la diferencia entre “envejecimiento primario y secundario” (Dallal y Castillo; 2003: 312). El primero de ellos se refiere a los procesos internos del organismo que se dan de forma natural con el desarrollo, en gran parte determinados ya en el código genético desde el momento de nacer; por otro lado, el envejecimiento secundario es aquel que se produce como consecuencia de factores externos en el ambiente, tales como agentes infecciosos o accidentes que producen en el cuerpo enfermedades o cambios en su estructura.

3.3.1 Envejecimiento cerebral.

Papalia y cols. (2005) señalan la progresiva pérdida de peso en el tejido cerebral a partir de los 30 años, de modo que alrededor de los 90, el peso del cerebro se ha reducido hasta un 10 por ciento. Este fenómeno se ve atribuido a la pérdida de células neuronales en la corteza cerebral, lo que afecta la capacidad cognoscitiva y la coordinación física en el adulto mayor.

Las autoras explican que estos cambios cerebrales propios de la edad, se dan de manera diferente de un individuo a otro. Como argumento, citan a Coffey, cuya investigación reporta que no solo la corteza cerebral, sino otras estructuras cerebrales muestran un deterioro más rápido en hombres que en mujeres; del mismo modo, ocurre con mayor velocidad en personas con niveles educativos bajos.

A pesar de este deterioro cerebral progresivo, Papalia y cols. (2005) rescatan que en los adultos mayores cuya salud y desarrollo puede considerarse óptimos o normales, es decir, que no sufren alguna enfermedad que afecte de manera significativa su funcionamiento, estos cambios cerebrales son en realidad casi nulos y no representan riesgo alguno para llevar a cabo sus funciones de manera eficiente.

3.3.2 Funcionamiento sensorial y psicomotor.

Al igual que con el envejecimiento cerebral, los cambios experimentados por los adultos mayores en cuando a la agudeza sensorial y el movimiento, dependen en

gran medida de ciertas características individuales que los investigadores aún intentan determinar.

Papalia y Wendkos (2003) reportan que algunos de los cambios más comunes en cuanto a la agudeza sensorial, ocurren en la visión y la audición, siendo más comunes los problemas ligados al funcionamiento auditivo; mencionan además que este deterioro físico conlleva consecuencias emocionales para el anciano, sobre todo al dejarlo en una situación de aislamiento debido a las limitantes sensoriales.

En cuanto a las habilidades psicomotrices, las autoras refieren que los adultos mayores pueden llevar a cabo las mismas actividades que los jóvenes, con la diferencia de que su velocidad de ejecución se ve disminuida.

Moraleda (1999) explica al respecto que los cambios en la percepción visual no son solo de naturaleza funcional, sino estructural; primordialmente, las alteraciones en la estructura terminan afectando de manera inevitable el correcto funcionamiento ocular.

En cuanto a los cambios estructurales que provocan problemas de visión en los adultos mayores, el autor antes referido distingue dos tipos principales: la disminución en la capacidad de transmisión y acomodación, así como cambios en la retina y el sistema nervioso, que afectan primordialmente la vista a distancia, la sensibilidad a la luz, así como la percepción de profundidad y color, además de una reducción del campo visual en comparación a los adultos jóvenes.

De acuerdo con Papalia y cols. (2005), las principales degeneraciones visuales experimentadas por los adultos mayores consisten en una pérdida progresiva para percibir tanto la profundidad como el color de los estímulos en el ambiente, así como una disminución en la sensibilidad hacia los contrastes y los detalles finos.

La autora refiere que gran parte de estos problemas, tiene su origen en alteraciones en los tejidos que componen el aparato visual, tales como cataratas, glaucoma y la degeneración macular relacionadas con la edad, provocando que la persona poco a poco se vea limitada para llevar a cabo aquellas actividades que realizaba de manera cotidiana.

Al igual que como ocurre con los problemas visuales, los cambios experimentados de manera auditiva tienen un origen tanto estructural como funcional. Moraleda (1999) expone que estas alteraciones se encuentran ligadas al oído interno, así como a las vías nerviosas implicadas en el funcionamiento auditivo.

Papalia y cols. (2005) señalan a la presbiacusia, consistente en una disminución en la capacidad para captar tonos altos, como una de las causas principales de la pérdida auditiva de los ancianos.

Es importante mencionar que ya que el envejecimiento se considera un proceso multidimensional: los aspectos fisiológicos involucrados no son un hecho aparte de los aspectos sociales, afectivos o cognitivos, razón por la cual las autoras

resaltan el papel desempeñado por las limitantes sensoriales en la generación de prejuicios hacia los adultos mayores, así como de sentimientos de soledad y minusvalía en ellos.

En cuanto a los cambios en las habilidades psicomotrices, Papalia y Wendkos (2003) refieren que el cambio principal en la movilidad de los adultos mayores está relacionado con una disminución tanto de la fuerza como de la velocidad de reacción.

Al respecto, Moragas (1995) explica que la velocidad en las respuestas motrices está relacionada con el funcionamiento sensorial, perceptual y la capacidad del sistema nervioso, proceso que se ve afectado con la edad, haciendo al adulto mayor cada vez más lento, de manera que la limitante mayor presentada en los exámenes psicomotrices es el aumento del tiempo de reacción entre un estímulo dado y el comienzo de la respuesta.

Por su parte, Vega (citado por Moraleda; 1999) plantea que este aumento en la lentitud de los ancianos se debe no solo al deterioro sensomotriz, sino a cambios en las estrategias de ejecución y resolución de problemas, ya que los adultos mayores tienden a ser más precavidos al emitir una respuesta.

Finalmente, Moragas (1995) resalta el papel desempeñado por factores ambientales y personales tales como la motivación, entrenamiento, interés y la estimulación en los ancianos sanos para la ejecución de respuestas psicomotrices comparables a las de los jóvenes.

3.3.3 Funcionamiento sexual en la vejez.

De acuerdo con Parres Sáenz (citado por Dallal y Castillo; 2003) el estudio del estilo de vida de los adultos mayores, sobre todo en el aspecto sexual, se encuentra invadido de gran cantidad de prejuicios sociales. Para él, la razón principal de estos prejuicios ante la sexualidad en la senectud es la tendencia edípica de mostrar a los padres como seres asexuados.

Estas actitudes afectan incluso a los adultos mayores como población, ya que ellos mismos tienden a pensar de la misma manera sobre su propia sexualidad, entonces se ven afectados por fuertes sentimientos de culpabilidad y vergüenza.

El autor añade que en realidad, el interés sexual tiende a mantenerse en los adultos mayores y que sus conductas sexuales son similares a las que mostraban cuando eran jóvenes, por tanto, no encuentra un límite de edad para la sexualidad, puesto que esta esfera conlleva diversas prácticas además de las coitales, tal es el caso de la masturbación, además de las dimensiones afectivas.

Al respecto y desde una perspectiva fisiológica, Whitaker (1966) menciona que el desgaste celular que produce la vejez adquiere un proceso más lento en aquellas células que son altamente diferenciadas, de esta manera, al ser las células sexuales unas de las más diferenciadas, su desgaste se produce más lentamente y por tanto, las funciones sexuales son las que subsisten por más tiempo en el organismo.

Sin embargo, Papalia y cols. (2005) enlistan algunos de los cambios en el funcionamiento sexual experimentados por los adultos mayores, entre ellos mencionan la dificultad en los hombres tanto en la erección como en la eyaculación, mientras que en las mujeres las señales fisiológicas propias de la excitación se vuelven menos evidentes, además de la disminución de la flexibilidad y lubricación vaginal.

3.4 Aspectos cognitivos de la vejez.

Berryman (1994) plantea la existencia de creencias y estereotipos errados en cuando a la capacidad cognitiva de los adultos mayores, donde se asocia a la edad con la pérdida en habilidades de aprendizaje, el intelecto y la memoria.

A pesar de que se ha comprobado una disminución cognitiva en los ancianos, la autora sostiene que estos cambios en realidad son menores y posteriores a lo que los estereotipos sugieren. Berryman (1994) atribuye estas creencias a la metodología empleada en las investigaciones sobre el tema de la cognición a edades avanzadas.

Continuando con lo expuesto, el autor citado establece que la metodología transversal utilizada en las investigaciones sobre cognición, resulta deficiente al interpretar los resultados, puesto que lo observado son las diferencias cognitivas entre un grupo de edad y otro, las cuales pueden estar influidas por las distintas circunstancias de crecimiento que se presentan de una generación a otra, como lo

son: aspectos nutrimentales, el sistema de atención médica, la educación, pautas sociales o economía, y no las diferencias cognitivas que se producen con la edad.

3.4.1 Inteligencia.

Moragas (1995) plantea dos problemas fundamentales en cuando al estudio de la inteligencia: el primero de ellos definirla y el otro, medirla.

Respecto a la medición de la inteligencia en los ancianos, este autor manifiesta que las principales limitantes son la estructura y el objetivo de las pruebas de inteligencia, ya que se centran en el rendimiento de la persona en la ejecución de tareas establecidas y no en la capacidad intelectual global que supone la variable medible en el adulto mayor.

Cattell (citado por Moragas; 1995) divide a la inteligencia en fluida y cristalizada. La primera de ellas se refiere a las aptitudes fisiológicas y neuronales para la resolución de problemas nuevos, así como en la adaptación a situaciones novedosas, se basa únicamente en la dotación genética y no toma en cuenta las influencias culturales o ambientales. Las pruebas de inteligencia la miden en cuestión de velocidad y precisión, provocando que los ancianos obtengan puntajes inferiores a los de los jóvenes.

Por otro lado, la inteligencia cristalizada corresponde a la educación, así como a los conocimientos y experiencias adquiridas por el sujeto como respuesta a las

influencias culturales y ambientales. Este tipo de inteligencia suele ser medido en pruebas de comprensión verbal y generalmente, los ancianos obtienen puntajes mayores a los de la población joven.

Moragas (1995) señala que la inteligencia fluida se encuentra en su máximo apogeo durante los años de la adolescencia, para luego comenzar un progresivo descenso, sin embargo, no llega a ser una limitante significativa en edades avanzadas. De forma contraria, la inteligencia cristalizada sigue aumentando con la edad, razón por la cual los adultos mayores obtienen puntajes altos en esta clase de pruebas.

Berryman (1994) cita a Schair, quien propone la necesidad de que las investigaciones posean pruebas de inteligencia validadas de manera ecológica, es decir, que aborden esta variable tomando en cuenta los modos en que las personas afrontan las situaciones cotidianas de acuerdo con su edad y desarrollo.

Moragas (1995) menciona también que el decremento en la capacidad intelectual de los ancianos no se produce de acuerdo con la edad cronológica, sino que los cambios se ven influidos por el ambiente, ya sea de forma general o individual.

Añade también que esta disminución en la inteligencia no produce alteraciones significativas hasta los setenta u ochenta años, y que incluso esto puede ser prevenido con suficiente estimulación y un sistema de apoyo social adecuado

para el adulto mayor. “El único decremento intelectual inevitable se denomina descenso terminal, se experimenta cerca de la muerte y se debe a causas orgánicas más que psicosociales” (Moragas; 1995: 72).

3.4.2 Atención, aprendizaje y memoria.

Berryman (1994) señala al respecto que a pesar de las limitantes metodológicas ya mencionadas, se han encontrado cambios relacionados con la edad en estos procesos.

La autora señala que la división de atención en diversas actividades, así como la atención selectiva, comienza a verse disminuida con la edad, esto se relaciona con un decremento en la capacidad de procesamiento de información además de las fallas sensoriales en los ancianos.

De acuerdo con Berryman (1994), la lentitud en la velocidad de respuesta y la precaución de los adultos mayores al producir respuestas, afectan su rendimiento en cuanto al aprendizaje se refiere.

En cuanto a la memoria, Moraleda (1999) señala que las investigaciones han detectado una disminución en la habilidad para recordar cuando se trata de tareas producidas artificialmente en un laboratorio, mientras que esta habilidad para recordar aumenta cuando las actividades utilizadas resultan no solo significativas, sino además familiares para los ancianos.

Además de esto, se ha encontrado que los ancianos muestran una mayor facilidad para recordar lo pasado y en cambio, tienen gran dificultad para retener y recordar información reciente, así como una mayor tendencia a recordar la información que posee fuerte carga afectiva, en contraposición con la de naturaleza racional.

3.5 Desarrollo psicoafectivo en la vejez.

Se hacía referencia al inicio de este capítulo, a autores como Moraleda (1999) y Peck (citado por Sánchez; 2000) quienes planteaban la correlación existente entre los cambios fisiológicos y sociales en la vejez, así como su consecuente influencia en el equilibrio psicoafectivo de los adultos mayores.

Para Moraleda (1999), la vejez constituye un fenómeno sociocultural resultado de diversas situaciones tales como la independencia de los hijos, la jubilación, el duelo por la pérdida de las amistades o la pareja, que producen cambios significativos en el desarrollo personal.

Peck, por su parte definía la vejez como una época de transición, cuyas pérdidas deben ser compensadas psicológicamente de manera adecuada, con la finalidad de que el desarrollo individual del adulto mayor no se vea afectado de forma dramática.

3.5.1 Personalidad.

Según lo expuesto por Berryman (1994), la personalidad no sufre cambios significativos con el paso de los años, la autora sugiere entonces que cuando se presentan cambios notables en la estructura de personalidad pueden atribuirse a una salud deficiente.

Neugarten (citada por Berryman; 1994) plantea que los cambios reportados en la personalidad del sujeto de edad avanzada, corresponden a una autoafirmación de las estructuras de personalidad que ya se poseían y a no cambios drásticos en esta, es decir, que con la disminución de responsabilidades y presiones sociales, los ancianos se sienten con más libertad de expresar sus necesidades y deseos.

Moragas (1995), en cambio, menciona que la causa principal de un cambio de personalidad en la vejez se refiere a las transiciones experimentadas en esa época vital.

El autor señala también que los cambios de personalidad suelen ir en mayor parte en función de los roles asignados culturalmente a cada género, de esta manera, los hombres suelen mostrarse más expresivos y afectivos que antes, al tiempo que las mujeres desarrollan conductas más autónomas y agresivas que antes. Moragas atribuye esto a cambios en los roles sociales propios de la vejez.

Reichard (citado por Moragas; 1995) efectuó en 1962 el primer estudio de personalidad en ancianos, identificando cinco tipos distintos de personalidad. Los primeros tres se encuentran, cada uno a su manera, bien integrados, mientras que los últimos dos experimentan dificultades para ajustarse a las exigencias de la edad.

- **Maduro:** el anciano se muestra estable e integrado psicológica y afectivamente.
- **Pasivo:** la persona opta por la inactividad de manera voluntaria, pues considera que merece descansar.
- **Defensivo:** se refiere al anciano que se mantiene activo el mayor tiempo posible, procura mantener su independencia y defender sus creencias.
- **Colérico:** el anciano se encuentra insatisfecho con su estado y culpa a los demás de sus limitaciones.
- **Autoagresivo:** al igual que el anterior, está resentido por su estado, sin embargo, dirige la agresión hacia sí mismo.

3.5.2 Modelos de envejecimiento exitoso.

De acuerdo con Papalia y cols. (2005), estos modelos de envejecimiento óptimo, propuestos en los últimos años por diversos autores de la gerontología social, resultan en gran parte controversiales, puesto que buscan determinar la existencia de una forma adecuada o normal de envejecer.

Lieberman y Coplan (citados por Papalia y Wendkos; 2003) formularon una de estas proposiciones, conocida como “teoría de la desvinculación” cuya premisa gira en torno a un retiro progresivo de las actividades sociales, de esta manera, la persona se centrará en ella misma y romperá los lazos afectivos que lo unen a otras, en consecuencia, la proximidad de la muerte no representaría una amenaza para ella.

Por el contrario, Lemon, Bengston y Peterson (citados por Papalia y Wendkos; 2003) formulan la “teoría de la actividad”, donde se propone que las personas de edad avanzada deben procurar mantener los niveles de actividad que acostumbraban durante su juventud, reemplazando los roles perdidos por unos nuevos, con la finalidad de lograr un sentimiento de autorrealización durante los años de vejez.

3.6 Desarrollo psicosocial en la vejez.

Berryman (1994) señala que el envejecimiento está determinado y definido por la sociedad, ya que esta instituye las fases y expectativas en cuanto al comportamiento y actitudes propias de cada etapa de desarrollo.

De acuerdo con la autora, esto provoca que el proceso de envejecimiento se vea afectado por estereotipos conductuales, así como de estilos de vida que resulten adecuados a la edad, sin embargo, estas creencias suelen ser erradas, haciendo de la vejez no solo incómoda para los sujetos, sino hasta dañina. Erikson en 1964

exponía que culturalmente hacía falta un ideal sobre la vejez, diez años después, Rosow señalaba que la sociedad no ofrecía a los ancianos formas significativas de vida (citados por Dallal y Castillo; 2003).

De acuerdo con Moraleda (1999), las personas envejecen de modos distintos de acuerdo con su propia capacidad de adaptación, sin embargo, las dificultades para adaptarse a las nuevas situaciones resultan sumamente frecuentes en los adultos mayores, siendo las principales aquellas que corresponden a la jubilación y a las variaciones en las relaciones sociales.

3.6.1 Jubilación.

Sánchez (2000) refiere que el trabajo fuera de casa confiere al individuo una identidad personal y valor social, mientras que actualmente, el concepto de retiro se encuentra asociado al de vejez e incapacidad funcional, lo que desemboca en actitudes de rechazo por parte de los adultos mayores al percibirse ellos mismos como poco útiles socialmente, además de ligarse a sentimientos de minusvalía.

La autora identifica entonces el periodo de retiro laboral como una de las crisis por las cuales debe atravesar el adulto mayor, ya que no solo simboliza una pérdida económica, sino que puede afectar de manera significativa la identidad personal, así como las relaciones con los demás.

Al respecto, Atchley (citado por Sánchez; 2000) postuló diferentes fases por las cuales atraviesan las personas jubiladas para poder adaptarse al retiro laboral:

- Pre-retiro: se refiere a la época antes de que el retiro suceda, la persona fantasea acerca de cómo será su jubilación, planea una fecha para hacerlo y su principal preocupación gira en torno al aspecto económico.
- Luna de miel: corresponde al tiempo inmediato luego de dejar el empleo, el adulto mayor se encuentra fascinado con su nueva libertad y la aprovecha para realizar todas aquellas actividades que sus ocupaciones laborales le impedían llevar a cabo.
- Desencanto: se caracteriza principalmente por la decepción y un sentimiento de pérdida, la persona busca mantenerse ocupada de forma exagerada, provocando agotamiento.
- Reorientación: ocurre en las personas que se decepcionan al ver que el retiro no corresponde a las fantasías que tenían sobre él, por lo cual comienzan a buscar opciones realistas para ocupar su tiempo u obtener algún ingreso de dinero extra.
- Estabilidad: la persona se ha adaptado a la situación del retiro y sabe qué esperar de ella, reconoce sus limitaciones y asume responsabilidades.

3.6.2 El nido vacío.

Duvall (citado por Sánchez; 2000) explica que esta etapa se caracteriza por la salida de los hijos del hogar paterno por lo cual se regresa a la convivencia marital.

Sánchez (2000) reporta que son las mujeres quienes experimentan mayormente cambios en esta época, puesto que el nido vacío equivale a la jubilación para las amas de casa; de no adaptarse satisfactoriamente, las mujeres mayores pueden padecer sentimientos de pérdida y depresión, sin embargo, también se reconocen reacciones afectivas positivas como un nuevo sentido de libertad.

Otros problemas que surgen con la etapa del nido vacío, están relacionados con la convivencia matrimonial, ya que se requiere de un reajuste a la rutina conocida por la pareja.

3.6.3 Ser abuelos.

Un tercer factor que puede influir en el desarrollo personal dentro de la vejez, es el modo en que los ancianos viven sus relaciones con los nietos.

Sánchez (2000) menciona que el hecho de ser abuelos sirve a los adultos mayores como una herramienta de autoafirmación en la identidad personal y social, además de llenar necesidades de creatividad, logro y competencia.

3.6.4 Viudez.

Papalia y Wendkos (2003) reportan que en su mayoría, son las mujeres quienes experimentan la muerte del cónyuge, debido en gran parte a la tendencia a ser más jóvenes que su pareja y de una mayor longevidad.

De acuerdo con Sánchez (2000), la viudez se caracteriza por sentimientos de aflicción, el afrontamiento del duelo, soledad y cambios en los estilos de vida llevados hasta entonces.

La autora señala además que las personas viudas muestran una mayor tendencia a la mortalidad, desórdenes mentales y suicidio, así como mayores probabilidades de ser institucionalizadas en hospitales, centros psiquiátricos y geriátricos que otras personas de la misma edad que todavía tienen la compañía conyugal.

Para los hombres, el combinar las situaciones de retiro laboral y viudez los sitúa en un estado de aislamiento social, esto aumenta la probabilidad de fallecer en el primer año luego de enviudar con respecto a las mujeres (Myers, citado por Sánchez; 2000).

3.7 La vejez en la actualidad.

Los autores Blanck-Cereijido y Cereijido (1989) comentan que la senectud es un producto artificial de la civilización, ya que su duración corresponde a la capacidad que tiene una cultura de mantener la vida de su población.

Explican que la “muerte por vejez” es en realidad antinatural, ya que dentro de la naturaleza no se encuentran animales viejos, puesto que mueren debido a las condiciones que solo permiten la supervivencia de los organismos mejor adaptados; de esta forma, la cultura y los cuidados de los cuales se provee a los adultos mayores, han permitido que sobrevivan.

De forma similar, Parres Sáenz (citado por Dallal y Castillo; 2003) refiere que el aumento en las condiciones de vida tanto en las cuestiones de salud como económicas, han logrado que la vida del ser humano se prolongue. Esta situación, de manera contradictoria, ha dejado a los ancianos en el abandono social, al ser percibidos como una carga, confiriendo a la vejez una falta de significado y de roles sociales que brinden al adulto mayor de una utilidad social.

Toda esta situación ha provocado la generación de actitudes y prejuicios acerca de la vejez, conocidos generalmente como gerontofobia, que consiste básicamente en el miedo a envejecer o ser viejo (Dallal y Castillo; 2003).

Según Butler (citado por Dallal y Castillo; 2003) estos prejuicios se presentan a modo de estereotipos, mitos, desprecio e incluso la evasión ante las personas ancianas. Estas actitudes se encuentran tan fuertemente arraigadas culturalmente que se presentan incluso entre los mismos adultos mayores, lo que les impide lograr un envejecimiento satisfactorio y aumenta la inadaptación en esta etapa vital.

Para finalizar el presente capítulo, se considera importante no solo analizar, sino reeducar a la población en cuanto al proceso de envejecimiento se refiere, tanto de manera individual como social, ya que como se ha presentado a lo largo del presente título, la vejez trae consigo gran cantidad de cambios de manera pluridimensional y es tarea especial del profesional de la ciencia psicológica lograr que dichas modificaciones provoquen a su vez en el individuo, un crecimiento y no una involución en cualquier aspecto.

CAPÍTULO 4

METODOLOGÍA, ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE RESULTADOS

Para dar continuidad al proceso de investigación, el presente capítulo aborda el proceso metodológico utilizado en la elaboración del estudio, así como la descripción de la población y muestra requeridas.

Además de esto, se presenta el reporte de análisis de los resultados obtenidos durante la investigación empírica, para dar con ello cumplimiento a los objetivos planteados al comienzo de este trabajo.

4.1 Metodología.

Asti (1992) explica que actualmente existe una división entre las ciencias, clasificándolas en dos tipos: formales y fácticas, de acuerdo con sus objetos de estudio, los métodos utilizados y sus criterios de verdad.

La diferencia entre estos aspectos radica en que las ciencias formales son ideales, deductivas y sus enunciados son analíticos, derivados de teoremas; mientras que las ciencias fácticas son materiales en cuando a sus objetos de estudio, emplean el método de la observación-experimentación y buscan una verificación de los datos.

Finaliza el autor planteando que tanto en la psicología como en otras ciencias resulta imposible separar el objeto de estudio del método empleado, debido principalmente a que los objetos son entes no materiales sino ideales, conceptuales.

Al respecto, Clark-Carter (2002) expone que la investigación, de forma general dentro de la ciencia psicológica, tiene principalmente uno de cuatro objetivos, que a la vez pueden ser considerados como etapas, ya que cada uno de ellos conduce a otro, estos son: describir, comprender, predecir y controlar.

Siguiendo por esta misma línea, el autor afirma que “un método es una aproximación sistemática a un segmento de investigación” (Clark-Carter; 2002: 2). Existe gran variedad de métodos, sin embargo la distinción común entre estos es la de cuantitativos y cualitativos; los primeros son aquellos que utilizan algún tipo de medición numérica y los segundos, aquellos que se relacionan con testimonios y descripción verbal.

El mismo autor refiere la importancia de la utilización de un método dentro de la investigación psicológica, ya que sin este, cualquier estudio correría el riesgo de estar influido por la subjetividad del investigador, además de que lo imposibilitaría para ser usado o calificado por otros estudiosos de la misma ciencia.

Por su lado, Arias (1991) menciona que los métodos de investigación son inflexibles, esto imposibilita la modificación de los resultados por parte del

investigador u otras personas a su conveniencia, ya que resultan de un proceso sistematizado.

Álvarez-Gayou (2004) afirma que para desarrollar una investigación, se deberá primero seleccionar una pregunta que genere inquietud en el investigador, tras lo cual se tendrá que delimitar el tema de interés, para establecer entonces los parámetros principales bajo los cuales se llevará a cabo el estudio.

Otros de los aspectos a considerar por el investigador al desarrollar su investigación, serían la justificación y un análisis de la factibilidad de dicho estudio, la influencia de otras ciencias y los aspectos que puedan limitar el proyecto. El investigador deberá además realizar una investigación teórica que sustente de manera concreta los resultados finales.

Siguiendo con lo expuesto por Álvarez-Gayou (2004), el enfoque metodológico es un aspecto a considerar desde el principio de la investigación. Este es determinado con base en las expectativas del investigador, de acuerdo con los resultados que desea obtener en su estudio, para esclarecer si este enfoque será cuantitativo, cualitativo o de carácter mixto.

Al respecto de los enfoques cuantitativo y cualitativo, Hernández y cols. (2008) sostiene que son inseparables de la investigación científica, ya que en ambos se incluyen procesos cuidadosos, sistemáticos y empíricos, además, Grinnell (citado por Hernández y cols.; 2008) distingue cinco fases en común:

- Ambas observan y evalúan fenómenos.
- Establecen suposiciones como resultado de la observación y la evaluación realizadas.
- Comprueban que estas suposiciones tengan fundamento válido.
- Revisan estas suposiciones con base en pruebas y el análisis de estas.
- Proponen nuevas ideas para sostener estas suposiciones e incluso para generar otras nuevas.

Álvarez-Gayou (2004), por su parte, menciona que la investigación cuantitativa se enfoca en medir, comparar e inferir sobre los resultados obtenidos, para de esta manera exponer generalizaciones a partir del sustento teórico revisado; mientras que el enfoque cualitativo está centrado en cuestiones de carácter más subjetivo, en los significados individuales o colectivos, interrelaciones y otros elementos que no pueden generalizarse.

De acuerdo con Hernández y cols. (2008), tanto el enfoque cualitativo como el cuantitativo, con sus ventajas y desventajas ante diversas cuestiones dentro de una investigación, son igualmente útiles y contrariamente a lo que muchos autores opinan, ninguno de ellos resulta ser superior al otro sino, que se trata de diferentes acercamientos de estudio para un fenómeno determinado.

El mismo autor explica que durante mucho tiempo, diversos autores planteaban una posición contraria de un enfoque al otro, haciendo imposible

mezclarlos en un mismo estudio, puesto que se creía que uno de ellos podría neutralizar al otro.

Hernández y cols. (2008) continúan explicando cómo durante los últimos años, la opinión general sobre una enemistad inconciliable entre ambos enfoques se ha ido transformando hasta llegar a la aceptación de su uso en conjunto, cada vez más frecuente, desembocando en lo que se conoce como enfoque mixto.

De acuerdo con lo ya planteado, cabe destacar que la presente investigación corresponde a un enfoque mixto.

4.1.1 Enfoque metodológico.

Retomando a Hernández y cols. (2008), en el enfoque mixto se utilizan tanto la orientación cualitativa como la cuantitativa con la finalidad de obtener, analizar y relacionar datos correspondientes a cada uno de los enfoques, logrando de esta manera responder desde ambas visiones a diversas preguntas que pudiesen surgir dentro de un mismo planteamiento de problema, es decir, obtener una visión holística de un mismo fenómeno.

Van y Cole (citados por Hernández y cols., 2008) plantean incluso que los enfoques cualitativo y cuantitativo pueden ser considerados únicamente como métodos, mientras que el enfoque mixto es en sí una metodología.

De esta manera, para Hernández y cols. (2008) dentro de un estudio de enfoque mixto se busca no solamente obtener datos de diferente naturaleza sobre un mismo fenómeno, sino que además, el carácter cuantitativo y cualitativo se ven reflejados desde el planteamiento del problema, la recolección y análisis de datos, hasta el reporte de la investigación.

4.1.2 Tipo de estudio.

El tipo de estudio a realizar dentro de la presente investigación busca ser de tipo no experimental, puesto que se pretende únicamente indagar y analizar lo referente al fenómeno a estudiar, sin provocar una alteración de este en la población utilizada para este proyecto. La investigación no experimental es aquella donde “no existe una manipulación deliberada de variables y solo se observan los fenómenos en su ambiente natural para después analizarlos” (Hernández y cols.; 2008: 205). Es decir, se observan situaciones ya existentes de manera natural, sin la intervención del investigador para que estas ocurran.

Según Ascary y Peña (2007), resulta imposible manipular las variables, puesto que por su misma naturaleza, no se tiene control sobre ellas ni se le puede influir de manera directa, ya que para el momento en que se realiza el estudio las variables ya sucedieron, así como sus efectos.

4.1.3 Diseño de Investigación.

El diseño del presente proyecto de investigación resulta ser transversal o transeccional, lo cual “implica la recolección de datos en un solo momento, en un tiempo único. Su propósito es describir variables y analizar su incidencia e interrelación en un momento dato” (Hernández y cols.; 2008: 208).

El tipo de diseño transversal puede ser exploratorio, descriptivo o correlacional-causal. De acuerdo con lo expuesto por Hernández y cols. (2008), esta investigación corresponde a un modelo transversal exploratorio, puesto que se busca indagar la incidencia y los valores en que se manifiesta una o más variables en uno o más grupos de personas en un momento determinado.

4.1.4 Alcance.

El carácter descriptivo de esta investigación se debe a que únicamente se pretende medir y obtener información sobre las variables a estudiar, sin indicar una correlación o una causalidad entre ellas.

Como explican Hernández y cols. (2008), se busca describir el fenómeno de estudio de forma detallada, es decir, especificando cómo sucede en cuanto a las situaciones, procesos y personas o grupos que lo conforman.

En un estudio descriptivo se determina una serie de cuestiones que componen el fenómeno a investigar y se mide cada una de ellas, recolectando información detallada al respecto, para así lograr una descripción de lo que se investiga (Hernández y cols.; 2008).

4.1.5 Técnicas de recolección de datos.

Debido a que esta investigación es de naturaleza mixta, las técnicas de recolección de datos han debido ser adecuadas tanto para obtener datos de tipo cuantitativo como cualitativo, con la finalidad de conjuntarlos en un análisis holístico del fenómeno estudiado.

Para los fines de esta investigación, se usó el Perfil Revisado de Actitudes ante la Muerte (PAM-R) para la obtención de los datos cuantitativos, al igual que una entrevista semiestructurada para la recolección de datos cualitativos.

El PAM-R es un instrumento multidimensional de medición de actitudes ante la muerte, desarrollado y estandarizado por Gesser y cols. en 1988 (referido por Posada y Herazo; 2009). Se trata de una escala tipo Likert donde se presentan diversas afirmaciones sobre el tema de la muerte, la escala es presentada con siete opciones de respuesta para cada uno de los ítems, las cuales van de total desacuerdo a total acuerdo.

Como ya se mencionó, el PAM-R presenta un amplio panorama en las actitudes ante la muerte, midiendo las siguientes cinco dimensiones: aceptación de acercamiento, que consta de 10 ítems (33.3% de la varianza); miedo a la muerte, con 7 ítems (13.4% de la varianza); evitación de la muerte, con 5 ítems (7.7% de la varianza); aceptación de escape, con 5 ítems (6.0% de la varianza) y aceptación neutral, con 5 ítems (5.7% de la varianza). Estas dimensiones representan el 66.2% de la varianza total de acuerdo con Gesser y cols. (citados por Posada y Herazo; 2009).

En lo que respecta a las características de confiabilidad y validez de la prueba, se muestran los coeficientes alfa de consistencia interna y los coeficientes de estabilidad en un test-retest de cuatro semanas. Los coeficientes alfa mostrados oscilaban entre uno bajo de .65 (aceptación neutral) a uno alto de .97 (aceptación de acercamiento), mientras que los coeficientes de estabilidad oscilaban entre uno bajo de .61 (evitación de la muerte) a uno alto de .95 (aceptación de acercamiento). Tomadas estas escalas de manera conjunta, el PAM-R tiene una confiabilidad que va de buena a muy buena (Gesser y cols., citados por Posada y Herazo; 2009).

Como ya se mencionó anteriormente, se aplicó una entrevista semiestructurada a los participantes, con la finalidad de recolectar datos de naturaleza cualitativa, así como para profundizar aquellos obtenidos mediante el uso del PAM-R.

De acuerdo con Bleger (2002), la entrevista es una técnica de suma importancia dentro del campo de la investigación en psicología, ya que no solo se amplía y comprueba este conocimiento, sino que además se aplica. El psicólogo deja de ser únicamente un profesional para convertirse además en un investigador, mediante la entrevista psicológica se logra una interacción ininterrumpida entre la ciencia teórica y la práctica diaria.

Por su parte, Andrés y Díaz (2005) definen a la entrevista como una conversación de carácter verbal entre dos o más personas, en este caso, el entrevistado y entrevistador, cuya finalidad es lo que le confiere el nombre de entrevista.

Las autoras retoman a Nahoum, quien explica que la entrevista se trata de una interacción e intercambio verbal donde se reúnen datos sobre la historia de la persona o donde esta misma responde y explica su punto de vista hacia un determinado tema, todo esto en un ambiente de cordialidad y privacidad.

El tipo de entrevista utilizado en la presente investigación fue de investigación enfocada, que de acuerdo con Andrés y Díaz (2005) tiene un foco de interés predeterminado para el investigador. Se busca profundizar en la opinión del entrevistado acerca del tema, así que se orienta la conversación únicamente hacia este, de la misma manera se selecciona al entrevistado, pues se sabe que puede dar información suficiente sobre el tema a tratar.

El diseño de la entrevista fue semiestructurado, con preguntas abiertas, ya que aunque se contaba con una guía de entrevista, se permitió el uso y la incorporación de nuevas preguntas de acuerdo con el curso de la conversación y con la finalidad de profundizar en algunas de las respuestas dadas por el entrevistado, el uso de preguntas abiertas se consideró de gran utilidad para el tipo de estudio, puesto que permite al entrevistado extenderse en sus respuestas, otorgando al investigador una visión más completa sobre el foco de estudio (Andrés y Díaz; 2005).

4.2 Descripción de la población y muestra.

Según lo expuesto por Hernández y cols. (2008), una población corresponde a un determinado número de casos que concuerdan en una serie de especificaciones y características que los llevan a identificarse como un conjunto.

Por otro lado, una muestra se refiere a un subgrupo representativo de una población, el cual será utilizado para la recolección de datos dentro de una investigación científica (Hernández y cols.; 2008).

Para los fines de esta investigación, la población a la cual va dirigida corresponde a los adultos mayores de la ciudad de Uruapan, Michoacán.

Debido a que la población de adultos mayores dentro de la ciudad es muy extensa, se buscó una muestra representativa, en este caso se trató de un proceso de muestreo no probabilístico o dirigido, el cual es definido por Hernández y cols.

(2008) como el subgrupo de la población total donde la selección de los participantes no depende de la probabilidad, sino que es determinado por las características e intereses particulares de la investigación.

De esta manera, la muestra resultante para este proyecto de investigación fue de 20 adultos mayores de la ciudad de Uruapan, Michoacán, entre los 64 y 90 años, de los cuales 14 corresponden al sexo femenino y 6 al masculino, las características socioeconómicas de los participantes oscilan entre el nivel medio-bajo al nivel medio.

La muestra utilizada fue elegida deliberadamente por la investigadora, de acuerdo con la disposición de los encuestados para responder sobre el tema y el conocimiento previo de los involucrados.

4.3 Descripción del proceso de investigación.

Cómo ya se mencionó con anterioridad, el interés por realizar el presente proyecto de investigación surge a partir de la propia inquietud de la investigadora, al no encontrar estudios previos en la población de adultos mayores dentro del marco de la ciudad de Uruapan, Michoacán; así como la falta de estudios sobre la muerte como una experiencia inherente a todo ser humano.

Una vez determinadas las variables, se trabajó en la idea de investigación, que originalmente era un estudio comparativo entre los adultos mayores del asilo de la ciudad y aquellos que viven en sus hogares al respecto de sus actitudes ante la

muerte, para finalmente desembocar en el curso central de la investigación: un estudio descriptivo de las actitudes ante la muerte en los ancianos.

Para esclarecer la visión de las variables de estudio desde la ciencia psicológica, se llevó a cabo un marco teórico de tres capítulos sobre cada una de ellas (actitudes, muerte y senectud) buscando con ello conceptualizarlas de manera amplia, abordando en cada caso a los factores que las integran.

Una vez concluido el marco teórico, se procedió a la parte empírica, para ello, al tratarse de un estudio mixto, se buscó un instrumento que cubriera de manera satisfactoria las necesidades estadísticas de la misma. Este instrumento fue localizado en una de las investigaciones referidas en el apartado de antecedentes, el PAM-R.

La aplicación del PAM-R y la posterior entrevista con los participantes se llevó a cabo en un lapso de dos semanas, para ello, se abordó en su mayoría a adultos mayores previamente conocidos por la investigadora, con la finalidad de lograr una mejor disposición ante la investigación. Cabe resaltar que se les informó que su participación era completamente voluntaria y que podían abandonar la investigación si así lo deseaban, nadie fue presionado a permanecer en ella.

Para la investigación mediante el PAM-R y la entrevista, se concertó una cita con cada uno de los participantes, generalmente en sus hogares, la aplicación fue

siempre en un lugar privado de la casa y con el consentimiento verbal previo para grabar las conversaciones.

Una vez recolectados tanto los datos numéricos como los descriptivos por medio del PAM-R y la entrevista, respectivamente, se procedió a un análisis de estos.

Los puntajes por reactivo de la prueba fueron vaciados en una tabla, calculando la confiabilidad de la misma, así como las medidas de tendencia central: media, mediana y moda, al igual que la desviación estándar como índice de dispersión.

Para el análisis cualitativo se transcribió de manera textual cada una de las entrevistas, obteniendo con ello 42 páginas. De esta manera, se procedió a una sistematización de dichas entrevistas, tomando como categorías de análisis las cinco dimensiones abordadas por el PAM-R: miedo a la muerte, evitación de la muerte, aceptación neutral, aceptación de acercamiento y aceptación de escape; cada una de estas dimensiones fue conceptualizada dentro del apartado de análisis e interpretación de resultados.

Finalmente, con base en este informe de resultados, se redactaron las conclusiones de la presente investigación.

4.4 Análisis e interpretación de resultados.

En continuidad con el desarrollo del presente estudio, en este apartado se muestran los resultados obtenidos tanto de la aplicación del instrumento PAM-R como del proceso de entrevista.

Como ya se ha mencionado, el PAM-R es un instrumento multidimensional de medición de actitudes ante la muerte, por tal motivo, tanto el análisis como la interpretación de los resultados se exponen en siete categorías, las cuales son: miedo a la muerte, evitación de la muerte, aceptación neutral, aceptación de acercamiento, aceptación de escape, miedo a envejecer y la comparación estadística de las dimensiones, presentando con ello las medidas estadísticas de moda, media, mediana y desviación estándar obtenidas para cada dimensión.

De la misma manera, se presentan datos cualitativos obtenidos mediante la entrevista, que profundizan y muestran una visión más completa de cómo los entrevistados desarrollan sus actitudes ante la muerte.

4.4.1 Miedo a la muerte.

De acuerdo con Bakan (citado por Posada y Herazo; 2009) el miedo a la muerte resulta ser universal y la ausencia de él podría indicar una negación del hecho. Las autoras continúan citando a Feifel y Fry, quienes explican que el miedo a la muerte puede estar relacionado con diversos factores, tales como el miedo a la

pérdida de sí mismo, al dolor y al sufrimiento, a lo desconocido después de la muerte, a no tener oportunidad de redención y la preocupación por el bienestar de los miembros supervivientes de la familia.

Posada y Herazo (2009) explican que el miedo a la muerte puede hacerse evidente en comportamientos de evasión en cuanto al tema del propio fallecimiento y el de los demás, esto se muestra mediante angustia, ansiedad, sudoración, labilidad emocional, así como gestos de incertidumbre o enojo.

Bajo esta conceptualización, se realizó el acopio de datos, los cuales fueron vaciados en una tabla para su posterior análisis mediante las medidas de tendencia central, obteniendo con ello los resultados que más adelante se presentan.

Los datos estadísticos que se presentan son con base en los puntajes T obtenidos en las aplicaciones realizadas a cada sujeto entrevistado. Los puntajes T señalan la posición del sujeto evaluado, ya sea por encima, por debajo o dentro de los estándares del grupo normativo.

De acuerdo con Roldán (2009), dentro de una escala T, los puntajes establecen un promedio arbitrario de 50 puntos y una desviación típica de 10, normalmente este tipo de escala va de los 20 a los 80 puntos y las medidas más bajas o altas respecto a este rango, son improbables.

De esta manera, dentro de la escala, una puntuación en el rango de los 40 a los 60 puntos se considera dentro de la norma, una puntuación de los 20 a los 39 puntos corresponde a un puntaje inferior, así como una puntuación entre los 61 y 80 puntos, hace referencia a un puntaje alto.

La dimensión miedo a la muerte es evaluada dentro de la prueba por 7 reactivos: 1, 2, 7, 18, 20, 21 y 32.

Respecto a los datos correspondientes a la subescala de miedo a la muerte, se encontró una media de 70. Cabe destacar que la media se refiere al resultado de la suma de un conjunto de datos, dividido entre el número total de medidas (Hernández y cols.; 2008).

De la misma manera se calculó la mediana, la cual es definida por Hernández y cols. (2008) como el valor medio o central de un conjunto de valores ordenados, es decir, el valor del cual tanto hacia arriba como hacia abajo, cae un número igual de medidas. El resultado de la mediana para esta subescala fue de 71.

Continuando con el proceso de análisis estadístico, se calculó la moda, que es el valor que se presenta con mayor frecuencia dentro del conjunto de datos obtenidos (Hernández y cols.; 2008). Al respecto, se obtuvo un resultado de 76.

También se buscó el valor de la desviación estándar, una medida de dispersión que de acuerdo con Hernández y cols. (2008), corresponde a la raíz

cuadrada de la suma de las desviaciones al cuadrado en una población, dividida entre el total de observaciones; la cual resulto de 5.7.

Debido a que esta investigación es mixta, el análisis estadístico se integra con un examen cualitativo de las entrevistas. A continuación se presentan algunos fragmentos de entrevista que hacen alusión a la dimensión de miedo a la muerte.

“Pus...perder a un ser querido... es algo muy doloroso, a mí no me gustaría que mis hijos murieran antes que yo, eso me da mucho miedo... sobre todo con sus trabajos porque andan mucho en la carretera, uno que es taxista y otro que es repartidor... y me da miedo que puedan tener un accidente” (Entrevista a sujeto E.; 11-02-13).

E: “Pues sobre todo que este... tenemos que vivir el momento, pensando en que podemos morir de un momento a otro, entonces estar preparados para que cuando llegue la muerte, no nos caiga de sorpresa, y si nos cae de sorpresa... ya que le hacemos, pero es mejor estar preparado para no irse con cuentas pendientes, Por ejemplo, en un accidente, pasan accidentes que ni tiempo te dan yo creo de pensar en que te vas a morir, ni de pedir perdón o arrepentirte.” (Entrevista a sujeto E.; 11-02-13)

Investigadora (Inv.): “Cuando escucha la palabra muerte, ¿en qué piensa?”

J.L.: “En el fin de uno... de la vida no, porque la vida sigue, el que se acaba es uno” (Entrevista a sujeto J.L.; 13-02-13).

A: “Pienso en que a dónde me iré, a dónde iré yo, qué pasara después... o cómo será allá, ¿verdad?...”

Inv.: “¿Existe algo que le preocupe sobre el tema de la muerte?”

A: “Mis hijos me preocupan... yo quisiera morirme antes que ellos, es lo natural.” (Entrevista a sujeto A; 12-02-13).

Inv.: “De manera personal, al hablar del tema de la muerte ¿cómo se siente?”

I: “Bien... a veces digo: ahí a ver cuándo me toca morirme... y me pongo triste, pero no mucho.”

Inv.: “Cuando escucha la palabra muerte, ¿en qué piensa?”

I: “Pues...en el fin...ya no hay nada después.”

Inv.: “¿No cree que existe una vida después de la muerte?”

I: “No, eso sí, pero me refiero a que de lo de aquí, no se lleva uno nada, ni se acuerda de nada, se pierde.”

Inv.: “¿Existe algo que le preocupe acerca de eso?”

I: “Pues me preocupa... que va a pasar con los que se quedan aquí, con mi hijo, con mi esposo” (Entrevista a sujeto I; 14-02-13).

Los adultos mayores participantes en el estudio obtuvieron resultados altos en cuanto a la subescala de miedo a la muerte del PAM-R, debido a que la media obtenida resultó de 70 puntos dentro de la escala T; sin embargo, al entrevistarlos y conocer a mayor profundidad sus posturas ante la muerte, es importante señalar que dicho miedo se presenta en mayor medida en cuanto a la incertidumbre que provoca el no saber qué ocurrirá después, al dolor ante una muerte ajena, sobre todo la de los hijos, en el caso de las mujeres; el miedo al olvido o la pérdida de ellos mismos como personas y en mayor medida, al dolor dentro del proceso de envejecer y morir, más que al momento de la muerte.

4.4.2 Evitación de la muerte.

La dimensión de evitación a la muerte dentro del PAM-R se relaciona con un malestar psicológico. Posada y Herazo (2009) explican que en los adultos mayores esta subescala se relaciona con depresión, la cual les dificulta afrontar sus pensamientos y sentimientos ante la muerte mediante la evasión del tema, mostrando un marcado desinterés por conocer las causas de su muerte, el cómo y lo que ocurre más allá de esta.

De la misma manera que con la subescala anterior, se calcularon los valores estadísticos básicos, de los cuales se obtuvo una media de 59, una moda de 68, una mediana de 62 y una desviación estándar de 9.1.

Esta dimensión es evaluada por 5 reactivos dentro de la prueba: 3, 10, 12, 19 y 26.

Dentro del análisis de las entrevistas, se encontraron comentarios alusivos a la evitación de la muerte, tales como:

C: “Pues este hay que seguir adelante, son cosas que pasan y que Dios así lo quiso, no hay que estar llore y llore... eso no; ni piense y piense en eso, no tiene caso que tú estés sufriendo o estés llorando ya después por una cosa que ya no tiene remedio... la muerte... la muerte, este, la veo yo real, tiene que llegar el día en que a ti te toque morirte, te mueres y ya nada, la muerte de alguien te duele en ese momento, pero no hay que estar recuerde y recuerde que se murió y no... no.”

Inv.: “¿Cree entonces que las personas no deben pasar mucho tiempo de tristeza por la muerte de alguien?”

C: “No, no, porque eso solo hace que no superes eso, hay que resignarse y dejar ir a la persona, se puede estar triste pero tampoco mucho, no... hay que distraerse para no andar pensando en eso.” (Entrevista a sujeto C; 11-02-13).

Inv.: “Bien, y de manera personal, al hablar del tema de la muerte, ¿cómo le hace sentir?”

E: “Pues tranquila... sin miedo... ya si me entra miedo pus me tomo unas copitas y se quita (ríe). Es que no me gusta pensar en eso, no lo hago y así estoy tranquila.” (Entrevista a sujeto E; 11-02-13).

Inv.: “¿Qué es a lo que más le teme en este momento de su vida?”

Co: “Pues...prefiero no pensar en eso.”

T: “¿Por qué razón?”

Co: “Pues porque yo sé que cuando me vaya a llegar la enfermedad o la muerte, me va a llegar, si no puedo evitar las cosas, mejor no pienso en ellas.” (Entrevista a sujeto Co; 12-02-13).

Inv.: “¿Existe algo que le preocupe sobre el tema de la muerte?”

J: “No, no me preocupa porque no lo conozco, uno se preocupa de algo porque ya lo viviste y no quieres que te vuelva a suceder, pero de la muerte no sabemos, nadie regresa ¿Cómo te vas a preocupar de algo que no conoces? ¡Digo yo!” (Entrevista a sujeto J; 12-02-13).

Como ya se mencionó, la dimensión de miedo a la muerte obtuvo una media de 59 de acuerdo con el análisis estadístico, lo cual refiere que el nivel de evitación a la muerte, reportado por el grupo de adultos mayores entrevistados, se encuentra dentro del rango normativo.

Es evidente que la evitación de la muerte se encuentra presente entre la población de adultos mayores, debido a la creencia de que al dejar de lado los pensamientos y temores sobre la muerte, estarán en general más tranquilos. Al respecto de lo especificado en la definición del PAM-R, los ancianos entrevistados que hicieron alusión a la evitación de la muerte no se manifiestan deprimidos e incluso muestran una actitud muy positiva ante la vida como algo que aún tiene mucho para ofrecerles, se ven a sí mismas como personas productivas y útiles y la evitación ante los pensamientos de la muerte, parece estar más relacionada con un miedo al sufrimiento de naturaleza emocional y a la incertidumbre que genera en ellos el pensar tanto en la muerte propia como en la ajena.

Aun así, es importante señalar que una actitud evasiva ante la muerte en muchos casos puede resultar más negativa que una que denote miedo, ya que en la segunda existe un afrontamiento y trabajo de emociones, pensamientos y conductas que con el tiempo pueden llevar a la persona a una aceptación de esa realidad, mientras que la primera es solo una negación de la muerte, lo que impide al sujeto un manejo y proceso de equilibrio y aceptación adecuados.

4.4.3 Aceptación neutral.

Posada y Herazo (2009) describen a la aceptación neutral como aquella donde la muerte es vista como una parte del proceso integral de la vida, por lo tanto, no se muestra temor ante la muerte de la misma manera que no se le da la bienvenida. La muerte es vista como un hecho inalterable e inevitable, con el cual todo ser viviente tiene que vivir. Se caracteriza por una posición no positiva ni negativa ante la visión de la muerte propia o la de los demás, se le considera como un suceso puramente natural.

Bajo el mismo análisis estadístico se trabajó con la escala de aceptación neutral, para la cual se obtuvo una media de 60, una moda de 62, una mediana de 61 y una desviación estándar de 3.3.

Esta dimensión es evaluada por 5 reactivos: 6, 14, 17, 24 y 30, por otro lado, en cuanto al análisis cualitativo de entrevistas. se rescataron los siguientes fragmentos relacionados:

Inv.: De manera personal, al hablar sobre la muerte ¿cómo se siente?

Mt: “Bien, porque es un tema de algo natural, que a todos nos va a pasar por el simple hecho de estar vivos”.

Inv.: “Cuando escucha la palabra muerte, ¿en qué piensa?”

Mt: "En el fin de un ciclo y el comienzo de otro, una evolución de las cosas."

Inv.: "¿Existe algo que le preocupe sobre este tema?"

MT: "No... como te digo, estoy tranquila al respecto."

Inv.: "¿Cómo ha afrontado las muertes de otros?"

Mt: "Viendo la realidad...sabiendo que es algo natural." (Entrevista a sujeto MT; 18-02-13).

Inv.: "Entiendo... y hmm, entrando un poco más al tema de la muerte, de manera personal ¿cómo se siente al hablar de ella?"

M.L.: "No me incomoda, para nada."

Inv.: "¿No despierta ninguna sensación en usted?"

M.L.: "Pues no, es algo natural... a esta edad así se tiene que ver."

Inv.: "Cuando escucha la palabra muerte, ¿con qué la relaciona?"

M.L.: “Con tener un final... un final que tendremos todos los que tenemos vida, pero no es malo... causa dolor, pero no es mala, a todos nos llega.” (Entrevista a sujeto M.L.; 15-02-13).

Inv.: “De manera personal, al hablar del tema de la muerte como estamos haciendo ahora, ¿cómo se siente?”

A: “Pues me da tristeza y a la vez no, me pongo a pensar que todos vamos para allá, aunque yo no me quiero morir (ríe); no quisiera uno irse de este mundo.” (Entrevista a sujeto A; 12-02-13).

EM: “Pues la gente, mira, se muere cuando ya no quiere hacer cosas... todo le duele, nada le gusta... y se mueren, porque no les gusta vivir, yo no creo que la muerte sea algo malo... pero tiene su momento, uno debe aprovechar el tiempo que Dios nos dé y ya luego, al morir, no se lleva pendientes.” (Entrevista a sujeto EM; 15-02-13).

R: “Pues bien... la muerte muchas veces es dolorosa, para quienes nos quedamos aquí y perdemos un ser querido, pero es parte del vivir y debemos pensar en eso con cariño, con amor para dejar de lado la amargura.”

Inv.: “Cuando escucha la palabra muerte, ¿en qué piensa?”

R: “En muchas cosas... la muerte está relacionada con muchas cosas... con la vejez, con accidentes, con dolor, con la religión, con enfermedades, con violencia... Muchas cosas que vemos como malas cuando no se está preparado para morir... pero a mi edad, uno ya no piensa en la muerte como algo feo o malo, sino en algo natural, que todo ser debe enfrentar” (Entrevista R; 19-02-13).

J.A: “Se debe estar consciente de que es un fin para cada ser humano, afrontándolo con pena y resignación, siempre se debe estar preparado para la muerte, tomando las cosas con mucha realidad.” (Entrevista J.A; 15-02-13).

Como puede observarse mediante el análisis estadístico, la subescala de aceptación neutra cuya media es de 60, parece estar muy relacionada con la de evitación a la muerte, ambas reportan niveles considerados dentro de la norma, sin embargo, es importante señalar la diferencia que se encuentra mediante el análisis de entrevista.

Al igual que como ocurre entre las dimensiones de miedo a la muerte y evitación de la muerte, en la aceptación neutral se encuentra ya un proceso de asimilación de emociones y pensamientos ante el hecho en cuestión. Al llegar a una aceptación neutra, se demuestra una actitud en cierta manera despreocupada, sin embargo, esto no se debe a una evitación de los pensamientos, sino a una racionalización de ellos.

De esta manera, el adulto mayor logra confrontar los pensamientos o sentimientos negativos o dolorosos ante la muerte, racionalizándolos en un pensamiento lógico, donde la muerte es algo natural e inherente a la vida, algo inevitable por lo que todos los seres vivos pasan en determinado momento y al cual no debe temerse.

4.4.4 Aceptación de acercamiento.

La dimensión de aceptación de acercamiento está implicada a una fuerte creencia de una vida feliz después de la muerte, de esta manera, es probable que se reporte en aquellos sujetos con fuertes creencias religiosas. El pensamiento de una vida después del fallecimiento funciona para que las personas muestren menos miedo a la muerte (Posada y Herazo; 2009).

Una actitud de aceptación de acercamiento se evidencia, según Posada y Herazo (2009), en sujetos que se expresan con libertad sobre el tema de la muerte, puesto que consideran que al morir se encontrarán con otra vida donde se reunirán con sus seres queridos y donde además, podrán vivir sin preocupaciones, temores, dolores u obligaciones.

Mediante el análisis estadístico del PAM-R se obtuvo una media de 61, una moda de 65, una mediana de 64 y una desviación estándar de 7.0.

Dicha dimensión es evaluada por 10 reactivos de la prueba: 4, 8, 13, 15, 16, 22, 25, 27, 28, 31. En cuanto al análisis cualitativo se encontraron algunos testimonios como los siguientes:

M.L.: “Lo que más me consuela es que después de la vida sigue la muerte, y después de la muerte, sigue otra vida y ahí nos vamos a volver a ver, eso me consuela.” (Entrevista M.L; 15-02-13).

Inv.: “¿Cómo has afrontado las muertes de otras personas?”

An: “Pues deseando que Dios lo tenga en su Santa Gloria y que el día que nos toque a nosotros, pus también.”

Inv.: “Cuando se trata de la muerte, ¿en qué buscas consuelo?”

An: “En Dios. Dios me puede recoger cuando él quiera, yo ya estoy listo para irme (ríe).” (Entrevista a sujeto An; 11-02-13).

Y: “Bien, la muerte es algo natural pienso... nos duele porque ya no vemos a esa persona que tanto queríamos, ¿verdad? Pero va a estar bien, con Dios y luego ya nos alcanzaremos (ríe) porque a todos nos va a tocar.”

Inv.: “Cuando escucha la palabra muerte, ¿en qué piensa?”

Y: “En Dios... En Dios y en que puede disponer cuando quiera de mí.”

Inv.: “¿Existe algo que le preocupe sobre este tema?”

Y: “No, todo está bien, yo confié en Dios y su voluntad” (Entrevista a sujeto Y; 19-02-13).

Inv.: “¿Existe algo que le preocupe sobre la muerte?”

J.L: “Pus no... ya cuando te mueres no puede preocuparte nada, este mundo se va... y estás con Dios y ahí todo es descanso. Mira, yo pienso que todo está bien, porque nos vamos al cielo, los que necesitan consuelo, son los que nos quedamos aquí, porque extrañamos a ese ser querido pero solo es un rato, en el cielo nos vamos a encontrar.” (Entrevista a J.L; 13-02-13).

La media obtenida mediante el análisis estadístico refiere que los niveles de aceptación de acercamiento reportados por medio de la aplicación del PAM-R pueden considerarse altos, sin embargo, al ser comparados con los puntajes de las escalas anteriores, la diferencia no resulta muy relevante. Es posible que la actitud más experimentada por los adultos mayores sea en sí, el miedo a la muerte, ya que este conlleva la búsqueda de un mecanismo de afrontamiento, resulta entonces evidente que la aceptación de escape sea el recurso más adecuado a este grupo de edad, sobrepasando los niveles referidos en las escalas de evitación y aceptación neutral.

La creencia religiosa en una vida después de la muerte es algo presente en todos los testimonios recolectados durante la investigación, sobre todo al momento de preguntar: “Cuándo se trata de la muerte, ¿en qué busca consuelo?”, y “¿Qué lo hace sentir mejor al pensar en la muerte?” Ante este tipo de preguntas, el adulto mayor emplea varios recursos, pero Dios y la vida después de la muerte ocupan el primer lugar entre estos.

Al creer en una vida después de la muerte, la persona contrarresta los temores de la pérdida de sí mismo, además, le resulta de gran apoyo al momento de afrontar la muerte de otro al pensar que no se trata de un adiós definitivo, sino momentáneo.

4.4.5 Aceptación de escape.

La dimensión de aceptación de escape está relacionada con una visión tormentosa de la vida, cuando el dolor y la miseria percibidos por el sujeto lo llevan a ver a la muerte como una posibilidad deseada para acabar con dicha situación (Posada y Herazo; 2009).

De acuerdo con Posada y Herazo (2009) la aceptación de escape supera a la del miedo a la muerte, ya que el miedo a vivir bajo ciertas circunstancias, puede orillar a las personas a buscar alivio mediante la muerte, en estos casos no se ve a la muerte como bondadosa, sino a la vida como algo lleno de maldad.

De la misma manera que con las subescalas anteriores, el análisis estadístico de esta dimensión dio como resultado una media de 52, una moda de 60, una mediana de 59 y una desviación estándar de 10.2.

Esta dimensión es evaluada por 5 reactivos dentro de la prueba: 5, 9, 11, 23 y 29. Por otro lado, mediante el análisis de las entrevistas, se rescatan algunos fragmentos de conversación representativos de esta actitud:

Inv.: “Ya veo. Y si le pido que se imagine dentro de 10 años, ¿cómo se ve?”

L: “¡Uh pus más vieja! Y quien sabe si los llegue... yo espero que ya no... ojalá que no.”

T: “¿Por qué?”

L: “Pues ya más grande la gente no puede hacer lo que le gusta... no puede comer todo, ni andar a su ritmo... ser muy viejo, de edad, pus te limita.” (Entrevista a sujeto L; 11-02-13).

Inv.: “¿Con qué relaciona la palabra muerte?”

Co: “Pues con el fin de la vida...de los pesares”

Inv.: “¿Cómo se visualiza a sí misma en 5 años?”

Co: “Me veo pues un poco ya... con menos fuerza y un poco también de impotencia.”

Inv.: ¿Qué clase de impotencia?”

Co: “De que no pueda resolver mis problemas.”

Inv.: “¿Y en 10 años?”

Co: “Pues se podría decir que...ya con nuestro señor.”

Inv.: “¿Así le gustaría?”

Co: “Pues sí... ya para descansar de tanta cosa.”

Inv.: “¿Siente que la vida le es muy pesada?”

Co: “Sí... ya a esta edad solo hay problemas... de salud... con mi marido... y mis hijos ya están grandes, no me necesitan tanto. Entonces yo pienso que... pues ya el señor debería llamarme a su lado, estoy dispuesta.” (Entrevista a sujeto Co; 12-02-13).

V: “No, yo también ya quisiera que Dios me llevara con él, dejaría de estar aquí encerrado, descansaría... vería a mi señora.” (Entrevista a sujeto V; 18-02-13).

R: "Pues con dolor... de joven no lo sentía mucho, porque no perdí gente muy cercana, casi siempre eran familiares lejanos o conocidos, pero cuando comienza uno a perder a los seres que más ama... como tus padres, tu familia o tus amigos... es algo muy difícil a lo que cuesta mucho resignarse pero que al final es lo mejor... a veces las circunstancias de la muerte facilitan o hacen más difícil este proceso... como cuando es un accidente o alguien muy joven... es diferente a cuando alguien está muy enfermo y con mucho dolor." (Entrevista a sujeto R; 19-02-13).

I: "Pues que... ya cuando uno se va, este... ya se acaba el dolor... se acaban los problemas, las tristezas, entonces este... solo es un rato de preocupación de: ¿Pss que irá a pasar? Pero nada más, hay que pensar en Dios y en que todo va a estar bien" (Entrevista a sujeto I; 14-02-13).

L: "¿Sobre la muerte? Yo también pienso que cuando la muerte llega y por ejemplo, llega porque Dios nos la manda, ha de ser una cosa, pero también cuando la muerte llega... hay diferentes muertes, tipos de muertes, hay muertes que duelen más y hay muertes que hasta las deseas de ver a una persona que está sufriendo tantísimo, dices: 'Ay, Señor, acuérdate, apiádate'... porque es una persona que está sufriendo mucho aquí."

Inv.: "Entonces, según como se dé la situación de la muerte, ¿es diferente el modo de afrontarla?"

L: "Sí, es diferente... por ejemplo, cuando muere alguien muy joven, o cuando es una muerte muy violenta... yo pienso que ha de ser horrible, y las personas duran más en aceptarlo, en resignarse, sí." (Entrevista a sujeto L; 11-02-13).

La aceptación de escape, cuya media resultó de 52, corresponde al puntaje más bajo obtenido mediante el PAM-R dentro de la población estudiada en comparación con el resto de las subescalas, sin embargo, de acuerdo con la escala T, este puntaje se encuentra dentro del rango normativo.

Al complementar con el abordaje cualitativo y profundizar en el tema, se encontró que realmente existen niveles bajos de aceptación de escape en cuanto a la propia muerte, sin embargo, existe una actitud más positiva en cuanto a ver a la muerte como un escape en las muertes ajenas e incluso, esta idea funciona como una suerte de consuelo al lidiar con las pérdidas.

La aceptación de escape aparece entonces como una actitud ambivalente, donde es bien aceptada esta visión al tratarse de una persona enferma de gravedad y que a consideración de los otros, se encuentra soportando un gran sufrimiento; por otro lado, esta misma visión de una muerte benevolente no parece aplicarse con la misma aceptación ante la muerte propia, inclusive aquellos pocos sujetos que presentaron niveles altos en esta dimensión, mostraban cierta vergüenza de admitirlo, en gran parte por que el deseo de morir no es bien visto dentro de la sociedad.

4.4.6 Miedo a envejecer, al proceso de morir.

Esta variable no se encuentra contemplada dentro del PAM-R, por lo tanto, no existen datos estadísticos para esta categoría en la investigación, pero al encontrarse dentro de las entrevistas testimonios de miedo a la vejez, a la enfermedad y en general, al proceso de morir, se pensó que resultarían muy ilustrativos sobre el tema, por esa razón se añadió este apartado.

El miedo envejecer ya fue abordado dentro de la revisión teórica de la presente investigación. Dallal y Castillo (2003) definía este miedo a envejecer o ser viejo como gerontofobia, lo cual trae consigo la generación de diversos prejuicios o actitudes negativas hacia las personas mayores e incluso entre los mismos ancianos hacia ellos mismos.

Butler (Recopilado por Dallal y Castolli; 2003) explica que estos prejuicios se presentan a modo de estereotipos, mitos, desprecio e incluso el hecho de rehuir a las personas ancianas. Estas actitudes se encuentran tan fuertemente arraigadas culturalmente que se presentan incluso entre los mismos adultos mayores, lo que les impide lograr un envejecimiento satisfactorio y aumenta la inadaptación en esta etapa vital.

Algunos de los testimonios que dan cuenta de este aspecto son los siguientes:

C: “¿Sobre la muerte? Pues que yo pienso que yo, que tengo 77 años, yo ya viví y tengo mis hijos que se pueden mantener, mis nietos ahí van bien, entonces este, pienso que si me llegara a mí la muerte, pienso que me iría tranquila y que es más, que a mí me gustaría que me llegara la muerte ya en este tiempo... ¿Por qué? Ya en un tiempo más después, no quiero yo andar provocando lastimas ni causando, como se dice... causando lastimas ni, este, estar teniendo personas que me estén atendiendo ni nada de eso. Sino que pus pienso que esta es una edad más o menos muy buena como para que yo me muriera.”

Inv.: “Entiendo, pero ¿esto es únicamente por esa situación que comenta, de no querer depender del cuidado de otros?”

C: “Si, no porque tenga problemas o mi vida sea fea, pero yo ya viví una vida buena y me gustaría morir así, con bien, tener una muerte digna... no toda enferma o mal de mi mente... sin reconocer a mi familia o no saber dónde estoy, esa muerte es muy fea... dando molestias. No, yo estoy conforme con la vida, si Dios me lleva ahora, estoy conforme.” (Entrevista a sujeto C; 11-02-13).

N: “Hago deporte, específicamente voy a caminar, practico beisbol, voy a nadar, este... hago algo de ejercicio con las pesas, hago muchas cosas este... en la casa... pero siempre estoy ocupado, no estoy de ocioso, no, me preocupa que a medida que envejece uno, este... sus limitaciones ya son más, como para hacer el mismo ejercicio, como para correr ya no es igual. Trato de alimentarme lo mejor que puedo, de alejarme del alcohol, de alejarme de, este... de los vicios”

Inv.: “¿Qué es a lo que más le teme?”

N: “A la vejez...a estar impedido, a no poderme mover, por eso lo más importante de la vida es uno mismo, desde que tú te levantas te tienes que atender, si tú estás bien (suena egoístamente), pero si tú estás bien, este, puedes atender a todos: a tu esposa, a tus hijos, a tu mamá, a tus hermanos, a quien sea, pero si tú estás mal ¿Quién te va a atender a ti? Tiene uno que preocuparse por uno mismo, el deber es primero con uno mismo, bueno y con Dios. ¿Verdad? Rezarle todas las noches o las mañanas.” (Entrevista a sujeto N; 11-02-13).

Inv.: “¿Qué es a lo que más le temes en este momento de tu vida?”

J: “A nada. Bueno, sí, a una enfermedad discapacitante, porque tienes que aceptar la ayuda de los demás, no sé si sea soberbia, no sé si sea orgullo el no querer depender de los demás, no quisiera ser vista como una molestia o una carga” (Entrevista a sujeto J; 12-02-13).

El miedo a la vejez está relacionado con el que se tiene a la enfermedad, puesto que las personas relacionan el envejecer con el comienzo de limitaciones físicas y mentales, consideran que al envejecer son más propensos a enfermar y de esta manera, a morir.

La relación entre vejez y muerte se encuentra entonces mediada por el factor enfermedad, de esta manera, los sujetos consideran que al cuidar su cuerpo,

manteniendo el mismo nivel de actividad que cuando jóvenes, lograrán retrasar el suceso de la muerte.

El miedo a la vejez o al proceso de morir se encuentra estrechamente ligado con las subescalas de miedo a la muerte y aceptación de escape, donde el miedo que se tienen a morir no reside en sí en el momento del fallecimiento, sino en las circunstancias que llevan a él, así como el miedo a que estas circunstancias provoquen en la persona un sufrimiento tal que los lleva a vislumbrar a la muerte como una mejor opción, sobre todo si se presenta en una actualidad donde aún se consideran jóvenes, provechosos y sanos, lo cual definen como una muerte “digna”.

4.4.7 Comparación estadística entre las dimensiones del PAM-R.

Como ya se mencionó, en las categorías anteriores se calculó en puntajes T la moda, mediana, moda y desviación estándar de cada una de las dimensiones medidas por el PAM-R. Los resultados se muestran de manera concentrada en la siguiente tabla, con la finalidad de dar un informe estadístico más detallado al respecto:

	Miedo a la muerte	Evitación de la muerte	Aceptación Neutral	Aceptación de acercamiento	Aceptación de escape
Media	70	59	60	61	52
Mediana	71	62	61	64	59
Moda	76	68	62	65	60
Desviación Estándar	5.7	9.1	3.3	7.0	10.2

De acuerdo con las medias obtenidas, se puede concluir que la dimensión actitudinal ante la muerte que se presenta con mayor frecuencia entre los adultos mayores de la ciudad de Uruapan, Michoacán, corresponde al miedo a la muerte.

Este miedo, como ya se explicó, se encuentra relacionado en mayor medida al temor por experimentar el dolor de una pérdida ajena y la de sí mismo, ambas desde la perspectiva emocional, así como el miedo que produce la perspectiva del dolor físico que suele relacionarse con el proceso de morir y la muerte en sí misma.

De la misma manera, esta dimensión es secundada en puntaje por la de aceptación de acercamiento, dando razón de una búsqueda de sentido a la muerte por parte de los adultos mayores y que de manera general, es encontrado y fundamentado en la fe religiosa de una vida después de la muerte.

Esta dimensión es seguida en puntaje por las de aceptación neutral y evitación de la muerte, que como ya se explicó, se encuentran bien relacionadas, pero diferenciadas en las razones que conllevan a una u otra, ya que aunque ambas conllevan cierto nivel de temor a la muerte, utilizan mecanismos de defensa distintos. De esta manera, la aceptación neutral implica una racionalización de la muerte, mientras que la negación de la muerte, tal como su nombre indica, busca negarse a cualquier pensamiento implicado con el tema, buscando con ello la tranquilidad, pero impidiendo un afrontamiento que conduzca hacia la aceptación.

Finalmente, el puntaje más bajo, es decir, con menor presencia entre los adultos mayores, está dado por la dimensión de aceptación de escape, que contiene una actitud ambivalente en cuanto a las situaciones en que es válida, posiblemente determinada por la posición social al respecto.

Sin embargo, resulta importante señalar que, a excepción de la dimensión de miedo a la muerte, el resto de los puntajes obtenidos son sumamente cercanos unos de otros, lo cual lleva a concluir que las dimensiones en las actitudes ante la muerte están íntimamente relacionadas y que todos los sujetos presentan grados más o menos equivalentes de ellas, tendiendo en mayor o menor grado hacia una de estas, de acuerdo con la situación en la que se encuentren o con la cual relacionen cierta actitud.

Resulta también importante señalar que la razón por la cual es posible que el miedo a la muerte presente un mayor puntaje entre la población, se debe a que es este mismo temor el que orilla a las personas a buscar modos de afrontamiento que aminoren esta incertidumbre, ya sea por medio de la negación, la racionalización, la búsqueda de un sentido para la muerte o la visión de esta como benefactora y salvadora de un sufrimiento terrible.

La relación estadística entre las dimensiones de actitudes hacia la muerte se encuentra representada en el anexo 1.

CONCLUSIONES

Una vez presentado el informe de los resultados obtenidos, se culmina el presente estudio mediante las conclusiones con respecto al cumplimiento de los objetivos y la respuesta a las cuestiones iniciales de la investigación.

Retomando los objetivos teóricos de la investigación, es importante señalar que fueron cubiertos de manera amplia dentro del marco teórico del presente documento.

De esta manera, la conceptualización y el abordaje teórico de la variable actitudes se abordó de manera satisfactoria en el capítulo 1; la descripción de la muerte desde la perspectiva psicológica se presentó en el capítulo 2 y finalmente, la caracterización de la senectud dentro del marco de la psicología del desarrollo, se cubrió en el capítulo 3.

Por otro lado, los objetivos empíricos particulares de la investigación, concernientes a medir y describir las actitudes ante la muerte presentadas por los adultos mayores, fueron cumplidos por medio del instrumento PAM-R y una entrevista de investigación enfocada, semiestructurada, respectivamente.

En cuanto al objetivo general de la investigación, de analizar las actitudes presentadas por los adultos mayores, se realizó un informe detallado presentado en el apartado análisis e interpretación de resultados.

Al respecto, y ya que el principal interés de esta investigación, de acuerdo con su alcance metodológico, es describir, se concluye que las actitudes ante la muerte presentadas por los adultos mayores de la ciudad de Uruapan, Michoacán, son en esencia multidimensionales puesto que, aunque puedan tender hacia una u otra dimensión al momento de la medición con un instrumento diseñado para ello, en realidad esta actitud se encontrará determinada y podrá variar de un momento a otro y de una situación a otra de acuerdo con la experiencia previa, la situación de vida actual, así como las creencias que el marco social sostenga al respecto.

En general, el concepto que el adulto mayor tiene sobre la muerte indica que no es vista como una experiencia terrible o a la cual deba temerse, esto a pesar de que el instrumento arrojó datos que podrían asegurar la presencia de un miedo a la muerte entre los ancianos, que como ya se explicó, se debe en mayor medida a la aprensión respecto al dolor emocional y físico que conlleva, más que un miedo a la muerte en sí.

Se concluye, como ya se ha mencionado, que el miedo a la muerte conlleva la búsqueda de mecanismos de defensa ante la misma, lo cual da señas de un afrontamiento emocional, cognitivo y conductual, tal como lo implica la formación de actitudes.

Por tanto, se puede afirmar que la actitud ante la muerte entre los adultos mayores de la ciudad de Uruapan, Michoacán, es básicamente positiva, ya que si bien la escala de miedo a la muerte resultó con el puntaje más alto, es el miedo mismo el que implica una oposición ante la muerte, pero que conlleva con el tiempo una aceptación de la misma, al contrario de la negación de la muerte, que aunque en apariencia dota al anciano de tranquilidad, le impide un desarrollo satisfactorio.

Aun así, la evitación de la muerte implica un mecanismo de defensa ante la idea de este hecho, mientras que la aceptación neutral, la de acercamiento y la de escape corresponden a estrategias de afrontamiento utilizadas por el adulto mayor, ya sea mediante la racionalización, la búsqueda de un sentido para la muerte o el consuelo fundamentado en la creencia de la vida eterna después de esta, o por medio de una visión de la muerte como circunstancia piadosa del sufrimiento humano cotidiano.

Al respecto de la aceptación de acercamiento, se encontró testimonio en cada uno de los casos entrevistados. Resulta evidente que la creencia y la fe en una vida de tranquilidad después de la muerte en compañía de los seres queridos, representa uno de los principales soportes para el proceso de aceptación de la realidad de la muerte en el adulto mayor.

Por otra parte, se encontró que la aceptación de escape es la actitud menos presentada entre los adultos mayores, tanto por sus implicaciones sociales como por

la ambivalencia que genera en ellos, siendo aceptada únicamente en aquellos casos donde la enfermedad y el sufrimiento son insoportables para una persona.

Esta dimensión se encuentra relacionada de manera inconsciente, dentro del psiquismo del anciano, con el miedo a la vejez, a la enfermedad y al proceso de morir. El adulto mayor considera que la muerte es una vía aceptable y, por mucho, preferible antes que la vejez tardía, íntimamente relacionada para ellos con la enfermedad, la pérdida de habilidades motrices, la demencia senil, el dolor físico y la pérdida de la autonomía.

Tanto para el psicólogo social como para todo profesionalista del área, la presente investigación constituye un marco inicial en cuanto al tema se refiere. Es importante señalar que al ser esta una de las primeras investigaciones sobre el tema en el contexto indicado, deja abiertas vastas posibilidades de profundizar en la investigación y generación de pautas de trabajo con la población uruapense, no solo con los adultos mayores en cuanto a su acercamiento con la vejez y la muerte, sino al mismo tiempo, con el resto de la población, con la finalidad de mejorar la calidad de vida para los adultos mayores en la actualidad y en un futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez-Gayou Jurgenson, Juan Luis. (2004)
Cómo hacer investigación cualitativa: Fundamentos y metodología.
Editorial Paidós. México.
- Arias Galicia, Fernando. (1991)
Introducción a la metodología de investigación en ciencias de la administración y del comportamiento.
Editorial Trillas. México.
- Ascary Aguillon, Alvaro; Peña Moreno, José Armando. (2007)
Aprendiendo y Aplicando la investigación en Psicología.
Editorial Trillas. México.
- Asti Vera, Armando. (1992)
Metodología de la Investigación.
Editorial Kapelusz. Argentina.
- Bartra, Roger. (2007)
La jaula de la melancolía.
Editorial Grijalbo. México.
- Berryman, Julia C. (1994)
Psicología del desarrollo.
Editorial Manual Moderno. México.
- Blanck-Cereijido, Fanny; Cereijido, Marcelino. (1989)
La Vida, el tiempo y la muerte.
Editorial La Ciencia desde México. México.
- Bleger, José (2002)
Temas de Psicología: Entrevista y Grupos.
Editorial Nueva visión. Argentina.
- Clark-Carter, David. (2002)
Investigación cuantitativa en Psicología.
Editorial Oxford. México.
- Dallal y Castillo, Eduardo. (2003)
Caminos del desarrollo psicológico. Volumen IV: de la edad adulta a la vejez.
Editorial Plaza y Valdés, S.A. de C.V. México.
- Fonnegra de Jaramillo, Isa. (2001)
De cara a la muerte.
Editorial Andrés Bello. México.

Freud, Sigmund. (1988)
Sigmund Freud. Obras Completas. Vol. 11.
Editorial Orbis, S.A. España.

Hernández Sampieri, Roberto; Fernández-Collado Carlos.; Baptista Lucio, Pilar.
(2008)
Metodología de la investigación.
Editorial McGraw-Hill. México.

Herzog, Edgar. (1964)
Psiquis y Muerte.
Editorial Los libros del Mirasol. Argentina.

Kojeve, Alexandre. (1972)
La dialéctica de lo real y la idea de la muerte en Hegel.
Editorial La Pléyade. Argentina.

Lindgren, Henry Clay. (1991)
Introducción a la Psicología Social.
Editorial Trillas. México.

Miranda, Francisco. (2008)
Uruapan: Monografía municipal (1500-1970).
Dirección de Fomento y desarrollo cultural. Uruapan, Michoacán.

Moragas Moragas, Ricardo. (1995)
Gerontología social: Envejecimiento y calidad de vida.
Editorial Herder. España.

Moraleda, Mariano. (1999)
Psicología del desarrollo: Infancia, adolescencia, madurez y senectud.
Editorial Alfaomega. México.

Morales, J. Francisco. (2007)
Psicología Social.
Editorial McGraw-Hill. España.

Munné, Frederic. (1986)
Psicología Social.
Editorial CEAC. España.

Myers, David G. (1997)
Psicología Social.
Editorial McGraw-Hill. México.

Papalia, Diane E; Wendkos Olds, Sally. (2003)
Psicología.
Editorial McGraw-Hill. México

Papalia, Diane E.; Wendkos Olds, Sally; Duskins Feldman, Ruth. (2005)
Desarrollo Humano.
Editorial McGraw-Hill. México.

Paredes Mendoza, José María. (1997)
Datos generales sobre Uruapan.
Editorial Impresos Bucio. Uruapan, Michoacán.

Paz, Octavio. (2006)
El Laberinto de la soledad.
Editorial Fondo de Cultura Económica. México.

Perlman, Daniel. (1992)
Psicología Social.
Editorial McGraw-Hill. México.

Posada Echeverri, Verónica; Herazo Correa, Marlyn del Pilar. (2009)
Actitudes hacia la muerte en una muestra de adultos mayores entre 60 a 75 años en fase terminal en diferentes centros geriátricos de la ciudad de Medellín.
Universidad de San Buena Ventura. Colombia.

Rodrigues, Aroldo. (2004)
Psicología social para principiantes: estudio de la interacción humana.
Editorial Trillas. México.

Rodrigues, Aroldo. (2008)
Psicología social.
Editorial Trillas. México.

Sánchez Salgado, Carmen Delia. (2000)
Gerontología Social.
Editorial Espacio. Argentina.

Schopenhauer, Arthur. (1984)
El amor, las mujeres, la muerte y otros temas.
Editorial Porrúa. México.

Summers, Gene F. (1978)
Medición de actitudes.
Editorial Trillas. México.

Talavera Ibarra, Oziel Ulises (2011)
Historia del pueblo de indios de San Francisco Uruapan.
Editorial Morevallado. México.

Tornero Díaz, Carlos. (1991)
Psicología social: la actitud del hombre frente a la vida.
Editorial Porrúa. México.

Toynbee, Arnold J. Mant, A. Keith; Smart, Ninian; Hinton, John; Yudkin, Simon;
Rhode, Eric; Heywood, Rosalind; Price, H.H. (1971)
El hombre frente a la muerte.
Editorial Emecé Editores, S.A. Argentina.

Whitaker, P. (1966)
Perturbaciones orgánicas de la sexualidad: Ancianidad y sexualidad.
Editorial Escuela. Argentina.

Worchel, Stephen; Cooper, Joel; Goethals, George; Olson, James M. (2002)
Psicología Social.
Editorial Thompson. México.

MESOGRAFÍA

Andrés Ortiz, Rafaela; Díaz, I. Gisela (2005)

“La entrevista cualitativa.”

Universidad Mesoamericana.

<http://www.geiuma-oax.net/cursos/entrevistacualitativa.pdf>

Espinosa Salcido, María Rosario. (s/f)

“La Cercanía de la Muerte en la Etapa del a Vejez. Conflictos y Reflexiones.”

Universidad Nacional Autónoma de México. Campus Iztacala.

http://www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin/vol3num1/reflexiones_sobre_la_muerte.html

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI)

www.inegi.org.mx

Roldán Martínez, Antonio. (2009)

“Medidas Típicas, resumen teórico.”

Temas de Estadística Práctica.

<http://hojamat.es/estadistica/tema3/teoria/teoria3.pdf>

Uribe Rodríguez, Ana Fernanda; Valderrama Orbegozo, Laura; López, Santiago.
(2007)

“Actitud y miedo ante la muerte en adultos mayores”.

Pensamiento Psicológico. Pontificia Universidad Javeriana. Colombia.

Año/vol. 3, número 008

<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfREditorialjsp?iCve=80130809>

ANEXO 1

Niveles en que se presentan las actitudes hacia la muerte

